



*Dominada*  
*por el*

**VIKINGO**

# Índice

[Copyright](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capitulo seis](#)

[Capitulo siete](#)

[Capitulo ocho](#)

[Capitulo nueve](#)

[Fragmento de Prisionera del vikingo](#)

# **Dominada por el vikingo**

**Esmeralda Lynn**

Copyright Esmeralda Lynn© 2019

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de fantasía, que de ninguna manera pretende ser un retrato histórico de las costumbres vikingas.  
Este libro contiene escenas explícitas y no está destinado a ninguna persona menor de 18 años.

## Capítulo uno

Aquella noche yo estaba sentada en la pequeña mesa redonda junto al fuego, sosteniendo mi pinta de cerveza con ambas manos. Adoraba el sabor de la cerveza, pero en el castillo de mi familia no me dejaban beberla; decían que no era decoroso para una dama de alta cuna como yo. Aquel lugar tampoco era adecuado para que una princesa; rodeada de borrachos cantando y danzando a los gritos canciones bastante vulgares. Pero yo no tenía miedo; siempre había poseído un inusual espíritu aguerrido y aventurero. El mismo que me había hecho interés por tomar clases de esgrima desde niña. Mis padres me dieron el gusto confiando que de adulta yo perdería el interés en pelear y adoptaría deseos más normales para una mujer, como casarme con algún príncipe elegido por ellos y darle muchos hijos. Pero aquello jamás ocurrió, lo cual provocaba discusiones con mis padres cada vez más frecuentes. Y aquellas escapadas nocturnas del castillo también se tornaron más frecuentes aquel verano. Eran mi única oportunidad de saborear no solo la cerveza, sino unas horas de libertad. Mis ropas de terciopelo bordó y mi cabello limpio y dorado desentonaban bastante con la concurrencia de la alegre pero sucia taberna, Yo simplemente observaba las llamas bailar en la chimenea y no le prestaba atención al jolgorio que me rodeaba.

Y que la taberna cercana a la playa estuviera particularmente ruidosa aquella noche no era casualidad; desde que los vikingos se habían asentado en la orilla de nuestras tierras aquel era uno de sus recintos favoritos.

Vikingos. Aquellos salvajes guerreros del norte con cabello rojo, hachas de guerra y una apasionada devoción por un dios que cargaba un martillo en los cielos. Vikingos. Aquella amenaza que llegaba del mar en forma de

monstruosos barcoluengos. Amenaza que el ejército de mi padre no lograba expulsar de nuestro territorio. Tampoco mi abuelo lo había logrado durante su corto reinado. Ni mi bisabuelo. Simplemente los vikingos parecían invencibles. No había manera de detenerlos cuando, caprichosamente, decidían instalarse en nuestro país. Con la llegada del verano, era casi inevitable que ellos desembarcaran y permanecieran en tierra firme durante el tiempo que se les antojara.

Pero yo no les tenía miedo. En todo caso, me provocaban una morbosa curiosidad.

Mi primer encuentro con ellos había sido cuando yo apenas era una adolescente. Mi abuelo aún vivía en aquel entonces, y yo me escabullí a su navío. Siempre decía que las mujeres traían mala suerte a bordo de un barco, y luego e aquel episodio su superstición pareció haberse reforzado. Había oído los rumores de que los vikingos estaban asaltando nuestras costas, y no ansiaba más que verlos con mis propios ojos. Había oído tantas historias que mi imaginación infantil estaba exaltada. Quería ver en persona a aquellos impresionantes guerreros que los campesinos comparaban con demonios.

Y lo hice.

Un barcoluengo intentó atacar al navío de mi abuelo, que en aquel entonces hacia operaciones comerciales menores. Recuerdo el fuego que brotaba de la punta de sus flechas. Una de ellas encendió la vela del barco de mi abuelo, y el pánico se desató entre nuestros hombres. Decenas de guerreros de cabello rojo invadieron la cubierta, dando frenético aullidos de guerra. Pocos de ellos usaban espadas, la mayoría hachas de filo mellado. Pero era mortales con ellas, blandiéndolas en el aire cual dementes. En mi afán por esconderme, un vikingo me descubrió.

Jamás olvidaré esa cara. Era un muchacho apenas unos años mayor que yo, pero muy alto. Su cabello era del mismo color del fuego, y bajaba por debajo de sus hombros anchos. Su sonrisa se asemejaba a la de un lobo hambriento. Yo me quedé paralizada ante esa mirada que era hielo y fuego a la vez. La sensación de peligro despertó un cosquilleo entre mis piernas completamente

nuevo en aquella etapa de mi vida. Y cuándo el muchacho me jaló de la cintura e intentó secuestrarme sentí miedo, pero también una descarga de emociones increíblemente nuevas, intensas y placenteras.

Por supuesto, el muchacho no logró llevarme. Los soldados de mi abuelo lo interceptaron apenas unos metros más adelante. Mientras me ponían a salvo, vi como el muchacho se enfrentaba a los soldados con una furia impetuosa.

Casi una década había transcurrido desde aquel primer encuentro con los vikingos, y sin embargo recordar aquel momento todavía me producía palpitaciones.

Tal vez porque mi origen más que privilegiado también suponía una vida rutinaria y aburrida. Una vida que no me pertenecía del todo, pues mis padres ya habían elegido al hombre con el cual yo debería casarme. Se trataba de Byron Goodyoung, el hijo de una familia aliada. Nunca lo había visto en mi vida, pero estaba segura que sería otro noble aburrido. Aun aunque fuera atractivo y encantador, yo no deseaba casarme con él. No me gustaba que me dieran ordenes, y menos con respecto a algo tan íntimo ¡No era justo que me obligaran a amar a un desconocido! Aquella elección debía ser mía y de nadie más. Le di otro sorbo a mi cerveza mientras lo recordaba. Mi padre era duro como una roca, y si bien las recientes incursiones vikingas eran su principal preocupación, también lo era casar a su única hija con una familia influyente. Y más allá de mis negativas, los preparativos para la boda ya se habían puesto en marcha. Antes de que culminara el verano, yo estaría casada con un hombre que no amaba.

Sentí un escalofrío al imaginarlo. Frecuentemente, tanto mi padre como mi madre se sentían decepcionados de mis modos poco femeninos, y mis negativas al matrimonio. Mi sed de aventuras no era algo bien visto en una dama.

El sonido fuerte del viento nocturno interrumpió mis pensamientos. La puerta de la taberna se abrió, y un hombre vestido de negro de pies a cabeza entró. Cuando se quitó la capucha que cubría su rostro, un murmullo poco discreto invadió la taberna. Sonreí para mis adentros, la reacción de la gente era tan

previsible que hasta se tornaba divertida.

– ¡Capitán Thorvald! Es un gran honor contar con su visita esta noche.... el gordo tabernero recibió al hombre de negro con una cortesía que denotaba algo de miedo. Tal vez porque sabía que si no era hospitalario con los vikingos ellos podrían reducir su taberna a cenizas en cuestión de segundos. O tal vez porque la apariencia del hombre que había cruzado la puerta era imponente. De estatura impresionante, cargando dos hachas cruzadas detrás de su espalda, y con el cabello rojo y enredado del mismo tono que su espesa barba. Una gruesa piel de lobo gris adornaba sus hombros, así como diversos amuletos paganos en su cuello denotaban su jerarquía entre los vikingos.

– ¿Que le apetece esta noche Capitán Thorvald? el tabernero hizo otra cortés reverencia mientras tomaba la capa de lobo del joven en sus manos. Yo observaba la escena desde su mesa junto al fuego. – ¿Cerveza rubia?

–Prefiero negra, gracias. Aunque lo que ustedes llaman cerveza aquí en tierra firme sabe a orina de caballo.... – respondió el joven Capitán vikingo con una sonora carcajada que pronto recibió el eco del resto de los presentes. Esa voz envió una descarga eléctrica todo a lo largo de mi espina dorsal, a pesar de que estábamos a metros de distancia. –Además, estoy hambriento ¿tienen carne roja?

–Por supuesto. Tenemos unos excelentes filetes de ternera... ¿cómo le gusta su carne, Capitán?

–Lo más sangrienta que pueda. Gracias...–el joven vikingo giró sobre sus talones y dirigió su mirada hacia mi mesa.

Nuestras miradas se encontraron a la distancia y yo me estremecí. Intenté lucir calmada mientras él caminaba hacia mí con esa sonrisa amenazadora. Tenía el mismo porte salvaje de todos los vikingos, pero al mismo tiempo emanaba un aspecto dominante que le otorgaba cierta sofisticación. Otro escalofrío recorrió mi espina a medida que él estaba más cerca de mi mesa. El aroma de su piel también se hacía más fuerte, más tangible con cada paso, y me provocaba algo similar a la intoxicación por alcohol.

–Princesita –me dijo con voz ronca, mientras sostenía una pinta de cerveza negra en su mano derecha.

–No me hables de esa manera –le respondí en forma altanera, pero todo mi cuerpo temblaba a pesar de mi porte desafiante.

Él sonrió. Nos estudiamos en silencio por unos largos instantes, mientras los vikingos que habían invadido la taberna continuaban bebiendo y cantando a los gritos. Observé con atención sus ojos de hielo, penetrantes como los de un demonio bajo la luz de la chimenea. Observé el tatuaje rúnico que ascendía por la piel de su cuello, cubierto por sus ropas de lino y cuero negro.

–Entonces ¿qué hace una damita noble y delicada como tú en una vulgar taberna como esta?– Sin pedir permiso, Thorvald tomó asiento en mi mesa.

– ¿Cómo sabes que soy una damita noble y delicada? –respondí antes de beber.

Otra de sus amplias sonrisas me hizo estremecer.

–Pues, tus ropas, tu cabello perfumado. Y tu actitud de *Yo soy superior a todos los que me rodean*. –dijo antes de llevarse la pinta de cerveza nuevamente a sus labios.

–Yo creo que eres tú el que está fuera de lugar –insistí – No te he invitado a sentarte en mi mesa. Así como nadie te ha invitado a estas tierras.

– ¿Invitación?–su risa sonó como un rugido – ¡Yo no necesito invitación! Cuando veo algo que me gusta, simplemente lo tomo.

Thorvald sonrió de nuevo, y noté que había ciertos rasgos lobunos en su rostro. Su cabello rizado y rojo oscuro enmarcaba a la perfección su mandíbula cuadrada, y su sonrisa amplia tan solo le otorgaba una expresión más bestial. Y la forma en la cual adelantó su cuerpo para mirar mejor el escote de mi vestido me hizo dar vueltas la cabeza. Podía sentir sus ojos



voraces sobre las redondeces de mis pechos. Parecía que quería devorarme allí mismo. Mis rodillas temblaron levemente bajo la mesa.

–Yo sé quién eres –me dijo antes de darle otro sorbo a su cerveza oscura – Juliet de la casa Bowen.

–Y yo sé quién eres tú, Thorvald, líder de los salvajes del norte –respondí– Aun así, no eres bienvenido. Ni en mi mesa ni en mi país.

–Me gusta una mujer con espíritu combativo. –dijo en tono desafiante.

–A mí no me gusta un hombre que no sabe escuchar –dije.

–Y a mí no me gusta una mujer que no responde una simple pregunta. Para ser una noble eres bastante maleducada –respondió fingiendo estar ofendido. Su presencia desató algo en mi interior. Una repentina oleada de calor se expandió por mi pecho, mejillas y muslos.

–Preguntaré de nuevo –dijo – ¿Qué hace una mujer tan hermosa en un lugar como este?

Me dirigió su mirada más lasciva, mientras sus labios se curvaban en una obscena sonrisa. Antes de que yo pudiera pronunciar una palabra, el tabernero nos interrumpió.

–Aquí está su pedido, Capitán Thorvald. Ojalá sea de su agrado y estoy a su disposición si desea algo más...–el hombre gordo dispuso una bandeja con comida frente a nosotros. Luego una expresión curiosa se apoderó de su cara al verme sentada junto al vikingo Recién en aquel momento fui consciente de lo desconcertante que era mi presencia en un lugar así – ¿Se encuentra bien, Miladi?

–Estoy bien, gracias.... –El olor a sangre de la carne me provocó una ligera náusea.

–Eso sería todo, gracias...– Thorvald despidió al tabernero con un gesto de su

mano, antes de ofrecerle una moneda de oro como propina. Aquel gesto civilizado nos sorprendió a ambos.

– ¿A quién le has robado ese oro? – reí antes de beber.

–Me ofendes, mujer. Nosotros también hacemos comercio justo ¿sabes? Si lo piensas bien, ustedes los nobles esclavizan y explotan a sus propios campesinos más que nosotros los vikingos.

Observé fascinada cómo Thorvald hundía sus dientes en su comida. Realmente parecía una bestia salvaje, con sus colmillos levemente manchados de sangre. Ni siquiera se molestaba en usar cuchillo y tenedor, tan solo sostenía su jugoso filete con ambas manos y hundía sus colmillos en él con hambre voraz.

Los nobles con los que yo me había rodeado toda mi vida no comían así. Pero no podía dejar de observarlo. Y sus ojos grises tampoco se alejaban de los míos, era como si deseara estar mordiendo mi suave carne en lugar del filete. Ese pensamiento me provocó otra descarga eléctrica a lo largo de mi espina dorsal, y las cosquillas entre mis muslos aumentaron considerablemente. Imaginar que los afilados colmillos de Thorvald se estaban hundiendo en la piel de mi cuello me hizo humedecer. También imaginaba esos dedos rasgando la carne de mis pechos con la misma pasión con la que desmenuzaba su filete, y sus brazos fuertes sosteniéndome contra el piso mientras me mordía y me follaba.

¿Por qué tenía esos pensamientos tan indecorosos? Me costaba comprenderlo con lógica, solo sabía que Thorvald era fascinante. Despertaba en mí unos deseos impropios de una dama, me convertía en una bestia similar a él. Y yo disfrutaba aquello muchísimo, aunque me esforzaba por esconderlo.

Mientras mi entrepierna palpitaba más duro bajo la mesa, mi pulso se aceleraba y mis mejillas se teñían de rojo. Y él lo notó. Pero no dijo nada, tan solo me sonrió con sus labios generosos ahora manchados de rojo por la sangre.

El aroma masculino de su piel me invadía, haciendo que mi mente se maree un

poco. La mezcla de su sudor con el cuero de sus ropas y el aroma a sal marina enredado en su cabello rojo formaban una combinación exquisita, salvaje. Me pregunté si él estaría tan excitado como yo, si su polla estaría tan dura bajo la mesa. Mi corazón latía cada vez más rápido, y no podía controlar mis propios pensamientos. Imaginé su miembro duro, pero no solo eso, también imaginé a Thorvald embistiendo dentro de mí, follándome con furia mientras yo aullaba de dolor y placer. Mi entrepierna ahora pulsaba dolosamente entre los pliegues de mi vestido. Era una tortura.

– ¿Le ocurre algo malo, Lady Bowen? Se ve...ruborizada– Thorvald me sonrió mientras limpiaba su boca y manos con una servilleta.

–N-no.... –balbuceé mientras mi pulso y mi clítoris latían cada vez más fuerte.  
– No has respondido mi pregunta ¿qué haces en esta taberna?

– ¡No puedo creer lo maleducados que son en tierra firme! –se quejó en forma exagerada y dramática – Entre los míos, todos saben que deben dirigirse a mí como *Capitán*. Además, yo pregunté primero ¿Qué hace una mujer como tú bebiendo sola en esta taberna, rodeada de salvajes?

No contesté. Y Thorvald me dedicó otra sonrisa obscena, una que fue directo a mi interior. Sentí que las paredes de la taberna se cerraban en torno a mí, de pronto me costaba respirar. Solo podía observar los ojos grises de Thorvald mirándome fijo, desafiándome.

Y una parte de mí disfrutaba aquella tortura. Ansiaba rendirme ante ella, rendirme ante aquel salvaje, y permitirle hacer conmigo lo que deseara.

–Bien, no me respondas si no quieres –continuó él – tampoco necesito tu respuesta; se exactamente lo que haces aquí. Estás buscando saciar tu hambre, como yo he hecho con este filete. Un hambre que todas las señoritas nobles intentan reprimir, pero que es imposible. Deseas un hombre, no uno como los príncipes remilgados con los que has crecido toda tu vida, sino un verdadero hombre. Puedo ver como tu piel se enciende y como sudas bajo esas telas costosas. Nunca lo admitirás, pero quieres una polla. Una que logre calmar esas ansias que te están devorando. Quieres un salvaje como yo que logre

dominarte, que sacie tus deseos y que te derrote por completo. Solo así te sentirás liberada.

Tragué saliva mientras todo mi cuerpo palpitaba. Sentía que las llamas me estaban tragando. Thorvald sonrió en forma triunfal, y yo lo odié.

Lo odié por tener razón.

–Y para responder a tu pregunta – dijo él –Lo que yo estoy buscando es un coño. Uno lindo y ajustado para quitarme las ganas. Pero no solo eso...los hombres primitivos están satisfechos con solo follar. Yo busco algo más...una mujer hermosa, que entienda los juegos que a mí me gustan. Que esté dispuesta a ser dominada por mí, que disfrute ser completa y totalmente arrasada por mí. Una presa ansiosa por ser devorada.

–D-debo retirarme.... –alcancé a decir entre respiraciones entrecortadas. Me puse de pie, tratando por todos los medios de ocultar mi excitación. Mi cabeza daba vueltas y en lo único que yo podía pensar era en retirarme de aquel la taberna. Necesitaba aire fresco.

–Muy bien Lady Bowen...– Thorvald asintió con la cabeza y sujetó mi muñeca con fuerza, impidiéndome alejarse de la mesa. –Tan solo recuerda; nada se interpone entre la presa que deseo y yo.

Cuando Thorvald me dejó ir, abandoné la taberna con pasos urgentes y torpes. Mi corazón parecía a punto de estallar, y estaba empapada entre mis muslos. Tomé una profunda bocanada de aire frío un vez que estuve afuera. Era tan difícil luchar contra mi propia lujuria; era una fuerza primitiva y devastadora que solo Thorvald podía desencadenar con tanta facilidad.

Desaté mi caballo del poste frente a la taberna. El castillo de mi familia no estaba lejos, y aun si pensé que el trayecto que me esperaba era eterno. La luna ya estaba alta en el cielo mientras yo me internaba en el profundo bosque oscuro.

De pronto, me sentí observada. Conocía aquel camino como la palma de mi

mano; era el que siempre usaba para escabullirme de mis padres sin que los sirvientes del castillo lo notaran. Pero aquella noche sentía que no estaba sola. Había algo o alguien siguiéndome.

Y el pensamiento de Thorvald follándome nunca me abandonaba. De hecho, se hacía cada vez más poderoso. No podía dejar de fantasear con el vikingo de cabellos rojos empujando su polla violentamente en mi interior, mientras yo chillaba con su rostro enterrado en la nieve.

Cuando menos lo esperaba, algo brotó de la oscuridad. Una mano me jaló de la pierna y me derribó de mi corcel. Luché por incorporarme, pero ya era muy tarde; Thorvald estaba encima de mí. Sus ojos grises parecían centellear en la oscura noche, como los de un depredador. Eso me humedeció todavía más.

*Nada se interpone entre el Capitán Thorvald y su presa*, esas palabras resonaron en mi mente mientras él me inmovilizaba. Podría haber huido, pero no lo hice. Tal vez porque una parte de mí estaba deseosa por ser sometida, haciendo que mi sangre hierva. La chispa que se había iniciado en la taberna, conversando con Thorvald, ahora era un incendio fuera de control. Mi instinto de supervivencia apenas podía hacerle frente a la lujuria que me consumía.

Tomé un respiro profundo, pero antes de que mis pulmones se llenaran de aire, el peso del cuerpo de Thorvald sobre mío me comprimió. El vikingo me sujetó por las muñecas, inmovilizándome contra la tierra. Inesperadamente, enterró su rostro en mi cuello y me mordió hasta hacerme gritar. Parecía un depredador atacando a la yugular de su presa, y mi clítoris se retórica de placer al sentir el cuerpo de Thorvald sobre el mío. El calor que emanaba de él era increíble.

Pero aunque sea por una cuestión de orgullo, luché por quitarme a Thorvald de encima. Era lo que se esperaba de mí Pateé y chillé pero el salvaje era mucho más fuerte que yo, y mi resistencia parecía complacerlo.

–Tranquila, muchachita....Si quisiera matarte ya lo hubiese hecho...–Thorvald dejó escapar un suspiro ronco –Eres demasiado hermosa para lastimarte. Y los

dos sabemos que esto te gusta.

Dejé escapar otro chillido de frustración. No importaba cuanto fingiese luchar, mi cuerpo estaba rogando porque Thorvald me folle allí mismo. Me gustaba sentir sus manos fuertes sujetando mis muñecas, inmovilizándome contra el piso, con toda la fuerza de su cuerpo cálido presionando contra mí, y sus ojos grises estudiándome como una bestia acecha a su presa antes de devorarla. La sensación de ser una presa era increíblemente excitante.

– ¡Mi familia se vengará...! Van a destripar a todo tu clan antes que llegue el amanecer – respondí entre dientes apretados. Pero no pude terminar la frase; sentí la polla de Thorvald dura como una roca, presionando contra mi cuerpo. Me estremecí y debilité ante lo bien que aquello se sentía.

–Que dramática que eres, Lady Juliet...No pienso asesinarte, ni lastimarte, tengo otro plan mucho más interesante...–Thorvald gruñó de placer mientras mecía sus caderas, creando una deliciosa fricción entre nuestros cuerpos. Yo tan solo deseaba arrancar las ropas que se interponían entre ambos y sentir su piel contra la mía. –Me has dado una buena cacería esta noche y yo voy a darte una buena follada a cambio.

El cazador deslizó sus dedos por mi mandíbula, yo luchaba por respirar mientras su polla me torturaba con necesidad. Luego Thorvald perfiló mis labios con su pulgar y lo introdujo en mi boca. Luego quitó su dedo empapado por mi saliva y lo deslizó hacia la parte inferior de mi cuerpo. Yo podría haberme zafado, pero no lo hice. En su lugar permanecí en el suelo, temblando mientras él deslizaba su dedo entre mis piernas. Lo hizo por encima de mi vestido, pero aun así gemí de placer.

–Puedo sentir lo mojada que estás– Thorvald gruñó antes de mover su dedo con un poco más de bríos, aumentando la fricción entre ambos.

Comenzó a masturbarme por encima de los pliegues de mi vestido, y yo estaba tan húmeda que su dedo se deslizaba con facilidad sobre mi piel. Dibujaba círculos alrededor de mi clítoris hinchado, hasta que el placer me encegució.

A esas alturas, yo no deseaba huir. Ninguno de los dos quería separar el cuerpo del otro. Thorvald me dominaba, aumentando el ritmo de sus dedos. En un momento, me mordió el cuello nuevamente, y esto hizo que todo mi cuerpo pulsara con más violencia que antes. Mi orgasmo estaba más que cerca.

Pero cuando sentí que estaba a punto de estallar, Thorvald se detuvo y se incorporó.

–De pie, muchachita. Vamos a mi barcoluengo –me ordenó mientras ataba mis muñecas con una soga. Un gemido de dolor escapó de mi garganta; todo mi cuerpo ardía por la frustración de mi orgasmo arruinado. Si tan solo me hubiese concedido un instante más...

– ¿A-al barcoluengo? ¿Acaso has perdido la razón? – pregunté con un temblor en la voz.

Pero Thorvald ignoró mis palabras; aunque su polla también estaba dura bajo sus pantalones. Solo tomó el extremo de la soga que me sujetaba y caminó hacia la orilla, obligándome a seguirlo.

–No puedes tomarme prisionera así como así.... – insistí mientras divisaba la línea de barcos vikingos alineados cerca de la playa. – ¡Hay reglas! ¡Convenciones....si me tomas prisionera iniciarás una guerra!

–Eso solo si alguien se entera que estás aquí–Thorvald me dirigió una sonrisa malévola –Relájese, Lady Bowen....vamos a divertirnos mucho esta noche. Tengo todo tipo de juegos planeados para usted.

## Capítulo dos

La venda había cubierto mis ojos por tanto tiempo que perdí la noción del tiempo. La última imagen que recordaba era abordar el barcoluengo de Thorvald y ser conducida a su nivel inferior. Mis manos y pies estaban atados a lo que yo suponía era una pared, y mi cuerpo estaba desnudo. No sentía frío, de hecho podía sentir la proximidad de algunas antorchas a mi alrededor. Además, mi encuentro furtivo con Thorvald me había dejado acalorada. Incluso en una situación de cautiverio, mi entrepierna latía con debilidad, intentando aferrarse a aquel orgasmo que el vikingo me había negado tan cruelmente a último momento.

Mis brazos estaban extendidos por sobre mi cabeza, y mis piernas desnudas estaban abiertas, haciendo que los músculos de mis muslos se tensionaran con algo de dolor. El silencio a mi alrededor solo era interrumpido por el suave crepitar del fuego de las antorchas. Yo sabía que Thorvald era quien me había atado; aun con los ojos vendados, podía identificar el aroma de su piel y el calor de su tacto. Era una sensación tan increíble como intoxicante, y yo no luché ni dije una palabra durante todo el proceso.

Pero ya habían pasado horas de aquello, y mis músculos comenzaban a adormecerse.

Cuando creí que finalmente iba a quedarme dormida, atada contra la pared, oí la puerta abrirse. Todo mi cuerpo se arqueó, poniéndose en alerta. Tener la visión imposibilitada era tan frustrante como excitante. Escuché unos leves pasos acercarse y supo que era Thorvald. El aroma de su cabello y piel lo delató.

Luego de unos instantes que parecieron eternos, sentí los dedos de Thorvald



recorriendo mi pecho con parsimonia. A pesar de que yo era su prisionera, necesitaba tanto de su tacto que gemí de placer.

–Parece que me has echado de menos.... –Thorvald rió por lo bajo mientras acariciaba mi cuello. Sus labios siguieron, mordiendo la suave curva entre mi cuello y mi hombro. Los dedos de Thorvald continuaron su recorrido hacia abajo y presionaron uno de mis pezones con fuerza. – ¿Te gusta esto?

No iba responder; no iba a darle el gusto. La verdad era que, después de horas en soledad, durante las cuales reviví una y mil veces sus manos en mi entrepierna, ser tocada nuevamente por él encendía mi piel en llamas. Sus dedos fuertes torturaban mis pezones, acariciándolos, apretujando mis pechos con fuerza primitiva, y mi clítoris pulsaba con rabia. Estaba tan húmeda de nuevo, y tener las manos restringidas y los ojos vendados solo amplificaba el placer.

–Vamos ¿no vas a responderme? –insistió. Ahora acariciaba mis pechos con ambas manos, llevándose mis pezones a la boca de tanto en tanto. – ¿No te gusta esto? Si no te gusta, me detengo.

Aquello desató el pánico en mi interior. No iba poder tolerar si frustraba mi orgasmo por segunda vez. Simplemente, no podría soportarlo.

–S-si.... – balbuceé entre respiraciones entrecortadas. Mi pezón ahora estaba duro e hinchado., y Thorvald lo castigaba con sus labios y su lengua húmeda. Sentía su barba cosquillar en forma deliciosa la piel de mis pechos.

–Si... ¿qué?– Thorvald acercó su rostro al mío, hasta que su cálido aliento acariciaba mis labios temblorosos –Debes llamarme Capitán, como lo hacen todos.

–Jamás te llamaré así– respondí ente dientes. –Eres un demente ¿secuestrar a una dama!

–Oh no llamaría a esto un *secuestro*–rió por lo bajo. Sus manos comenzaron a tocar mi cuerpo una vez más –Además, te gusta pasar el tiempo conmigo ¿no

es verdad? ¡No es necesario que mientas, tu cuerpo está hablando por ti!

Emití un gemido fuerte mientras las manos de Thorvald exploraban mi carne sin piedad; dibujando círculos en mis caderas. No podía permitir que ese salvaje me toque ¡Pero se sentía tan condenadamente bien! Las manos de mi captor eran grandes y fuertes, enviando escalofríos todo a lo largo de mi espina dorsal.

Sin advertencia, los dientes de Thorvald fueron otra vez hacia mi cuello, haciéndome gemir. Luego siguieron su camino hacia abajo, succionando y mordiendo mis pezones con furia mientras yo gritaba y me retorecía de placer, aun atada a la pared con gruesas sogas. Mis muslos estaba empapados, mi interior clamando por la polla de mi captor .Pero Thorvald seguía jugando con mis muslos y caderas, ignorando por completo mi verdadera necesidad.

Su dedo húmedo se deslizó por la abertura entre mis piernas, groseramente abierta por las ataduras que restringían mis piernas. Al sentir su tacto despedí otro grito. Los escalofríos subían y bajaban por mi espina dorsal, urgentes, deliciosos. Aquella situación era una verdadera locura...pero no me importaba. No me importaba que al amanecer descubrirían mi ausencia en el castillo, no me importaban las consecuencias políticas, no me importaba estar prisionera en un barco vikingo...no podía pensar. Solo podía sentir. Sentir un hambre voraz que me devoraba, que ansiaba por ser tomada por ese hombre salvaje. Había despertado mi lujuria más desbocada con tan solo unos roces de sus labios y sus dedos.

Comenzó a mover su dedo índice entre mis piernas, acariciando mi clítoris y los bordes de mis labios. Nunca había estado tan mojada en mi vida. Solo suspire mientras intentaba controlar mi respiración. Creía que mi corazón iba a estallar allí mismo.

–Mira lo mojada que estás – Thorvald rió por lo bajo, alejando sus dientes mi piel por unos segundos – ¿Por qué eres tan orgullosa? ¿Por qué no admites que a una damita como tú le hace estremecer la idea que un salvaje como yo la folle?

– ¡Estás loco! – chillé entre gemidos. La forma en que me masturbaba se sentía tan bien. Pero no era suficiente.

–Por supuesto que lo estoy ¿Cómo no estarlo cuando tengo a mi merced a una mujer tan hermosa, desnuda, mojada y suplicando porque yo la domine? ¿Completamente rendida a mi voluntad?

Sus palabras solo me excitaron más, pero no respondí. Thorvald alejó sus dedos de mi entrepierna y procedió a quitarme la venda de los ojos con cuidado.

–Ahora sí – dijo complacido –Mira que necesitada e indefensa te ves.

Cuando finalmente pude ver, di un vistazo rápido a mí alrededor. Confirmé mis sospechas anteriores; estaba en el compartimento inferior de un barco, con paredes de madera algo húmedas y antorchas iluminando en cada rincón. Podía escuchar el suave oleaje nocturno meciendo el barco.

Pero mi atención rápidamente se centró en Thorvald, de pie frente a mí. Mi captor estaba vestido de negro de pies a cabeza, como lo había encontrado en la taberna horas atrás. Tenía una chaqueta de cuero acordonada en su pecho y su cabello rizado caía salvajemente sobre sus hombros. Sus ojos grises brillaban bajo la luz de las antorchas, y una media sonrisa curvaba su boca. Era una visión tan poderosa que todo mi cuerpo tembló bajo esa mirada. No había hombres así donde yo había nacido.

Thorvald observó mi cuerpo desnudo durante unos largos minutos, examinando cada rincón con ojos hambrientos. Yo casi podía sentir sus manos en mi cuerpo. Pero pronto la distancia entre nosotros se sintió dolorosa; necesitaba que me acaricie de nuevo. Mis ojos también lo examinaban a él, y cuando se posaron en su abultada entrepierna, donde se marcaba una enorme erección, suspiré por lo bajo.

–Quieres que te toque, ¿no es cierto?– el tono de voz de Thorvald era

excruciante.

No respondí. Mi orgullo de noble me impedía hablar de mis deseos con tanta libertad. Aunque con cierta ironía, me di cuenta que me sentía realmente liberada cuando él me había atado.

–Parece que no –suspiró él con falsa sinceridad –Bueno, ya que no deseas que te toque, te dejaré sola. Jamás en mi vida he forzado a una mujer, y si tú me rechazas entonces me iré.

Chillé, desesperada, y él se detuvo con una sonrisa cómplice. No podía tolerar la idea que él me dejara sola, con mi cuerpo ya encendido y rogando por alivio.

– ¿Qué ha sido ese sonido? –preguntó mientras se acercaba más a mí. Yo adoraba el aroma masculino de su piel. – ¿Acaso quieres que me quede? ¿Qué me quede y te toque? ¿Qué te haga correrte?

No pude sostener más mi fachada orgullosa. Si no me corría pronto, sentía que iba morir. Necesitaba sus manos, sus labios, su polla. Pero no solo eso; la sensación de perder la batalla, de rendirme incondicionalmente ante ese salvaje, era lo que más me excitaba de todo ese asunto.

–Sí, por favor.... – rogué entre suspiros necesitados.

–Por favor... ¿qué?

– ¡Por favor, tócame!– gemí entre sollozos, mi clítoris palpitaba tan duro que dolía –Tócame, hazme correr....

Thorvald me dirigió otra sonrisa malvada.

–Me parte el corazón verte así, Juliet –Mi respuesta complació a Thorvald. Sus manos comenzaron a tocar mi cuerpo una vez más –Pero necesitas aprender algo de obediencia antes.

Alejó sus manos de mi cuerpo en forma abrupta, y mi cabeza dio vueltas por la frustración.

–Necesitas disciplina, muchachita. No te follaré hasta que me llames capitán  
– dijo antes de dejarme sola una vez más. Y yo chillé en la oscuridad, con mi clítoris palpitando con dolor y frustración.

## Capítulo tres

Ignoro cuánto tiempo pasó, cada minuto se sentía como una hora pues mi entrepierna no dejaba de palpar. Me sentía vacía, con mis músculos internos latiendo y contrayéndose con frustración, deseando por ser llenados. No dejaba de recordar la sensación de sus manos ásperas contra mi piel ardida. Intentaba alejar mis pensamientos de ello pero era imposible. Y lamenté tener mis manos atadas, de lo contrario podría haberme aliviado a mí misma.

Las damas no hacían eso. Era otro de mis secretos. Ya entrada mi adolescencia descubrí lo placentero que era jugar con mis dedos entre mis piernas. Lo había descubierto casi por accidente: los recuerdos de mi encuentro con el muchacho vikingo en el barco de mi abuelo eran cada vez más frecuentes. Mi mente inmadura e inexperta estaba presa de la curiosidad ¿Qué habrá hecho ese muchacho si me hubiera llevado con él? ¿Me hubiera desnudado? ¿Tocado? Imaginé miles de escenarios posibles, hasta que empecé a sentir mis primeros cosquilleos. Conforme pasaba el tiempo se tornaron insoportables, hasta que descubrí el remedio.

Cerraba mis ojos en la soledad de mi recámara, imaginaba que el muchacho vikingo me llevaba lejos, muy lejos, y que disponía de mi cuerpo a su voluntad. Las fantasías eran bastante insulsas pues yo era casi una niña, pero en aquel momento eran suficientes para excitarme. Y cuando jugaba con mis dedos entre mis piernas, explorando mi clítoris, y hasta penetrándome con ellos, el placer me cegaba.

Pero ahora no podía hacer eso. Mis manos estaban atadas. No podía autosatisfacerme mientras Thorvald no estaba. No tenía más remedio que esperarlo.

Estaba a su completa merced. Y eso me excitaba todavía más.

Me pregunté si en el castillo de mi familia ya habían notado mi ausencia. Tal vez no, era pronto aun. Seguro creían que yo estaba durmiendo plácidamente en mi cama. En su lugar, estaba cautiva de un líder vikingo.

Pero en cierta manera, yo no deseaba regresar. Si lo hacía, me esperaba un matrimonio no deseado con Byron Goodyoung, el hombre que mis padres habían elegido, no yo.

En cambio, aquella situación de estar cautiva en territorio desconocido, a merced de un vikingo que sabía exactamente cómo hacerme enloquecer con sus dedos y labios, era mucho más interesante.

La puerta volvió a abrirse con un crujido. Yo estaba adormecida, pero abrí mis ojos. Thorvald se veía magnífico, como siempre. Era más alto que ningún hombre que yo había conocido, y su andar era imponente y dominante, al igual que su sonrisa enmarcada por su espesa barba roja.

– ¿Ha descansado, Miladi? –me dijo con su tono arrogante. Su voz grave retumbaba en toda mi piel. –Tal vez ha tenido tiempo de reflexionar y está lista para llamarme *Capitán*.

Le escupí la cara, solo porque quería enfurecerlo tanto como él me había enfurecido a mí. Quería desafiarlo. Un cosquilleo creció entre mis piernas; sabía que si lo hacía enojar, él me haría gozar todavía más. Además, quería castigarlo por haberme dejado con las ganas. Dos veces.

Thorvald sonrió mientras se limpiaba mi saliva de su rostro. Como yo había calculado, le gustaba ser desafiado por una mujer, aunque él tenía el control. Y yo no iba a hacérselo tan fácil. Mis ojos se desviaron hacia la parte inferior de su cuerpo y me apreció que ya se estaba poniendo duro bajo sus pantalones.

Eso me complacía. Me recordaba que aunque yo estuviera atada de manos y pies, aun ejercía cierto poder sobre él.

–Solo te perjudicas a ti misma actuando así, Juliet – me dijo, ya cortó al distancia entre nosotros –No te follaré hasta que no me llames *Capitán*. Y puedo notar que deseas mucho que yo te folle.

Pronto la mano de Thorvald envolvió uno de mis pechos con firmeza, tanta que yo chillé de placer. Su cara se hundió entre ellos, y comenzó a besar y morder mis pechos con hambre primitiva. Sus labios húmedos envolvieron uno de mis pezones y comenzaron a succionarlo. Mis piernas temblaban de placer y la cabeza me daba vueltas.

–Nunca te llamare *Capitán* – suspiré, con mi último bastión de fuerza voluntad. Thorvald alzó su rostro y me miró a los ojos. Sus pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos grises ahora aprecian negros.

– ¿Realmente crees que en tierra firme alguien te va a follar como yo? –dijo mientras sus dedos se deslizaban hacia mi estómago. –Esos principitos remilgados no pueden contigo. Y lo sabes.

Sus dedos jugaron un poco con mi vello púbico y luego buscaron su camino hacia mi interior. Sentí sus yemas acariciando el borde de mis labios y provocándome escalofríos.

–Reconoce mi autoridad sobre ti, y te daré la follada de tu vida – susurró en mi oído con voz grave, y su dedo me penetró, llenándome de placer.

Cerré mis ojos y dejé caer mi cabeza hacia atrás, mi nuca contra la pared del barco. Thorvald metía y sacaba su dedo deliberadamente, a veces hacía una pausa para dibujar círculos con su pulgar en mi clítoris y yo gemía todavía más fuerte.

–Te gusta esto ¿no es cierto?– Thorvald sonrió antes de morderme el cuello una vez más, mientras su mano aumentaba su velocidad.

Yo tan solo podía gemir y jadear mientras ese vikingo me complacía con su



mano firme. Mis muslos estaban ardiendo y mi clítoris pulsaba con placer. Un placer que había retrasado demasiado tiempo.

–Oh pero un dedo no es suficiente para ti ¿verdad? Tienes un coño hambriento, como todas las damitas de alta cuna – dijo Thorvald, y agregó un segundo dedo.

Mi interior palpitaba con pasión, la presión que ejercían sus dedos era exquisita. Los empujaba dentro de mí a un ritmo constante, haciéndome enloquecer. Thorvald me follaba con sus dedos cada vez más fuerte y más rápido, precipitando mi orgasmo con violencia. Retorciéndome contra la pared, comencé a respirar hondo mientras Thorvald aumentaba su velocidad.

Si se detenía, yo iba a morir.

No podría tolerar si volvía a hacer lo que me había hecho ya en dos ocasiones diferentes. Todo mi cuerpo vibraba de placer, pero también de miedo a que volviera a engañarme, que volviera a negarme un orgasmo que yo necesitaba con todas mis fuerzas. Él clavó sus ojos grises en los míos mientras me masturbaba, y lo sabía. Él sabía que yo tenía miedo, que estaba rendida a su merced. Y lo disfrutaba.

Ambos lo disfrutábamos.

Thorvald volvió a chupar uno de mis pezones, y yo dejé escapar un grito de dolor y frustración. Pero también de placer.

–Dos dedos tampoco son suficientes ¿no es cierto? –susurró contra mis pechos húmedos por su saliva.

No, no eran suficientes.

–Llámame *Capitán* y te daré lo que tanto ansías –me dijo mientras su mano más rápido.

Yo me mordí los labios. Estaba a punto de correrme, pero quería más. Necesitaba más que sus dedos, quería sentir a ese salvaje dentro de mí. La sensación de tragarme mi orgullo era placentera, esa humillación exquisita al perder una batalla.

–Capitán...–susurré a un volumen casi inaudible. Pero Thorvald me oyó, y sonrió como un demonio. Me penetró con más ahínco, hundiendo sus dedos entre mis músculos palpitantes. Los latidos se hicieron tan duros que creí que iba a ensordecer.

–Vamos, vamos...puedes hacerlo mejor que eso – rió Thorvald mientras me penetraba todavía más duro. Mi orgasmo ya estaba golpeando mis sienes.

–Fólleme, Capitán ¡necesito que me folles! – dije con un gemido agónico.

Mi cuerpo entero se retorció bruscamente mientras apretaba mis dientes y párpados. Mis paredes internas pulsaban con dolor y placer y mi carne estaba cubierta de sudor.

–Vaya...lo has hecho muy bien, Juliet...estoy sorprendido – Thorvald sonrió complacido mientras quitaba sus dedos de mi interior. La ausencia de su calor me hizo sentir vacía, mientras mis interiores aun latían. Me había corrido, pero todavía me sentía frustrada.

Todavía necesitaba más.

Permanecí atada de pies y manos contra la pared, con mi cuerpo cubierto de sudor y recobrándome de mi orgasmo, cuando vi a Thorvald alejándose de mí y caminando hacia la puerta.

– ¿Qué estás haciendo?– reclamé al verlo marcharse.

–Soy el Capitán de una flota vikinga, de seguro sabes que tengo otras obligaciones además de ti.... – Thorvald respondió con extra cortesía mientras se colocaba su capa de lobo por sobre sus hombros.

–P-pero... ¡no puedes dejarme así!– grité exasperada. El aire comprimía mi

pecho y me costaba respirar. Toda mi piel ardía.

–Puedo...y lo hago.... –Thorvald giró su rostro para sonreírme una vez más, con un tono de voz amenazante. – ¿Y desde tú cuando estás autorizada a hablarme de esa manera? Tú eres mi prisionera, damita. No lo olvides. Podrás darles órdenes a tus sirvientes en tierra firme, pero aquí, yo mando.

– ¡He hecho lo que me pediste! – grité todavía más fuerte.

–Es verdad. Me has llamado *Capitán* –Thorvald se acercó y puso un dedo en mi barbilla, obligándome a hacer contacto visual con él. –Pero aún te hace falta disciplina, Lady Juliet.

–Maldito –mascullé.

. Lo necesitaba tanto que todo mi cuerpo se retorció de dolor, clamando por él. No quería que me dejase. Y ese orgasmo que me había brindado con sus dedos era poco. Necesitaba que Thorvald me toque, me muerda, me folle. No podría tolerar quedarme atada a la pared, sola, con mi clítoris pulsando por quien sabe cuántas horas.

La furia me hizo estallar.

– ¡Eres un desgraciado! – Rugí – ¡Un mentiroso! ¡Has secuestrado a la única heredera de la casa Bowen! ¡Y piensas que puedes tratarme así a tu antojo! ¡Maldito!

–Oh, mi pequeña Juliet– Thorvald lucía divertido por mi exabrupto. Me acarició la mejilla con una dulzura inusitada. –Hablas demasiado, y por eso tendré que castigarte.

Girando sobre sus talones, Thorvald dio un paso al costado y cogió algo de la mesa adyacente. No pude ver qué era, pero instantes después sentí la mordaza de cuero contra mi boca. Gemí y me retorcí en vano mientras Thorvald me amordazaba.

–Bien. Ahora sé que estarás en silencio mientras no estoy....no podemos darnos el lujo que alguien te oiga y nos descubran ¿verdad?– Thorvald me sonrió a su prisionero antes de abandonar la mazmorra. –Tranquila, Lady Juliet. Voy a cumplir mi promesa. Voy a follarte, y quedarás muy satisfecha. Pero no te he dicho cuándo.

## Capítulo cuatro

La hora era tardía cuando la puerta se abrió de nuevo, encontrándome levemente dormida, con mi cabeza reposando sobre mi hombro derecho y la saliva chorreando por sobre la mordaza. Hacía varias horas que el cansancio me había agotado. La espera hacia más dolorosa con cada instante, y mis músculos estaban adormecidos por la postura, tirante contra la pared.

Sin embargo, cuando vi a Thorvald cruzar esa puerta, con una amplia sonrisa e íntegramente vestido de negro, yo arqueé mi cuerpo con violenta alegría. Un sonido incomprensible escapó por sobre la mordaza de cuero. Mi cuerpo comenzó a cosquillear mientras despertaba, imaginando las cosas él finalmente me haría.

Para aquellas alturas, ya no me importaba estar lejos de casa, prisionera de un vikingo. Tampoco me importaban las consecuencias que esto podría ocasionar. Solo podía desear a Thorvald. Desear sus manos, sus labios, su voz. Su polla. Desearlo como nunca había deseado a ningún hombre. Mi cuerpo tomaba todas mis decisiones, desesperado por finalmente rendirme a él.

Pero Thorvald se quitó la capa negra de sus hombros y se sentó a la mesa, ignorándome por completo. Tan solo cuando mis gemidos se hicieron más altos y lastimosos, Thorvald me dirigió una fría mirada.

– ¿Qué sucede, Miladi?– Thorvald se acercó y sin advertencia, comenzó a masturbarme de nuevo. Esta vez con una mano más suave y gentil que hacía unas horas. Mi carne estaba tan sensitiva que agradecí tal gentileza con un gemido de alivio. Apenas unos suaves roces fueron necesarios para que yo me mojara.

–No te entiendo con esa mordaza.... –Thorvald me dijo con el más dulce de los tonos, mientras su mano dibujaba círculos alrededor de mi clítoris húmedo. –Dime... ¿es esto lo que deseas?

Yo me retorcí y gemí, apretando la mordaza con los dientes. Murmuraba incoherencias bajo la textura del cuero, suplicándole que me tocara, que me folle. Era lo que había estado deseando durante horas en la oscuridad del barcoluengo. Si bien solo sonidos incoherentes salían de mi garganta, Thorvald sabía exactamente lo que su prisionera deseaba. Me dedicó una última sonrisa antes de ponerse de rodillas frente a mí.

Thorvald lamió la abertura entre mis piernas, groseramente abierta por las ataduras en mis pies, y yo contraí todos mis músculos violentamente de placer. Temblando, la lengua de Thorvald se sentía deliciosa, jugando alrededor de mi clítoris, y yo solo podía gemir con la mordaza en la boca.

–Miladi...te daré una segunda oportunidad para que me demuestres que has aprendido disciplina. Comportate o no habrá recompensa.... –Thorvald me amenazó antes de envolver mi entrepierna con sus labios. Su boca se sentía tan caliente y suave que yo grité una vez más por sobre la mordaza. Y él movía su lengua y sus labios cerca de mi abertura, haciendo que mi carne pulsara todavía más fuerte. Se sentía tan bien, después de horas de espera, apenas podía tolerarlo.

– ¿No irás a correrte, verdad?– Thorvald me amenazó mientras saboreaba el líquido caliente que brotaba de su prisionera. Luego se puso de pie y quitó la mordaza de mi boca –Recuerda, tienes prohibido correrte.

–Sí, Capitán...– supliqué cuando su boca estuvo finalmente libre –P-por favor...no se detenga, Capitán...

Thorvald sonrió y se puso de rodillas de nuevo. Acarició mi clítoris un par de veces y luego volvió a besarlo y succionarlo. Yo contraí todo su cuerpo, dejando escapar un gemido alto, ahora que mi boca estaba libre. La boca de mi captor se sentía deliciosa, explorándome por completo.

Iba a ser imposible no correrse esta vez.

Thorvald se tomó una pausa para respirar, en la cual acarició mis caderas y

mis muslos con sus manos ardientes. Con el afán de refrenar mi orgasmo, me mordí el labio inferior con tanta fuerza que pudo saborear mi propia sangre. No me importó en lo absoluto. Thorvald escupió en mi abertura antes de volverla a tomar en su boca. Me besaba, me lamia, me succionaba y me escupía, y yo solo gemía de placer y frustración.

Finalmente, no pudo contenerme más. Sentí como mis músculos internos se contraían fuera de control gracias a la boca Thorvald y arqueé su cuerpo con violencia. Eché mi cabeza hacia atrás mientras un fuerte gemido escapaba de mi garganta. Mi cuerpo se tensionó con furia, desobedeciendo las órdenes de mi captor por completo. Un placer inmenso me invadió, fruto de haberme contenido durante tantas horas; oleadas de dolor y placer recorrían cada músculo de mi cuerpo mientras se corría contra sus labios.

–Damita desobediente ¡mira lo que has hecho!– Thorvald se puso de pie.

Mi orgasmo había sido tan poderoso que ahora estaba débil y temblorosa. Pero Thorvald me cogió rostro con ambas manos y me obligó a mirarlo a los ojos. Yo apenas podía respirar.

–Has desobedecido una de mis órdenes...y ahora debo castigarte, Miladi– Thorvald soltó mi rostro y se puso de rodillas una vez más. Pero esta vez, para desatar mis tobillos. Luego se incorporó e hizo lo mismo con los nudos que sujetaban mis muñecas. Mis miembros estaban levemente dormidos, con marcas rojas en los lugares donde me habían restringido.

Al momento que yo quedé libre, mi cuerpo se relajó por completo. Thorvald me sujetó en sus brazos con fuerza, evitando que cayera al piso. Fue tan solo un instante en el cual me sentí increíblemente segura y contenida. Con la ayuda de Thorvald, yo di unos pasos inseguros hacia la mesa. Al cabo de unos segundos, mis piernas ya habían despertado de su entumecimiento y volvían a obedecer.

Cuando llegamos a la mesa, Thorvald me ordenó que me inclinara sobre ella. Yo obedecí, presionando mi mejilla y mis pechos sobre la madera. Separé mis piernas, las cuales temblaban suavemente.

–Te ves tan bien así...– Thorvald exclamó con un suspiro ronco y satisfecho. Luego me propinó una suave bofetada en la nalga derecha. El sonido obscuro de la carne golpeada llenó la habitación. –Lista para que te follen...Es eso lo que quieres ¿verdad? ¿Qué te folle tan duro hasta que te duela?

–S-sí, Capitán...– murmuré con un temblor en mi labio inferior. Apenas podía respirar de la excitación. –Eso es lo que quiero. Lo he deseado desde que te vi en la taberna.

– ¿Pero crees que te lo mereces?– Thorvald preguntó mientras sus dedos examinaban mis nalgas con fuertes caricias hambrientas.

Era una pregunta tramposa, lo sabía. Pero no sabía cuál era la respuesta correcta. Mis labios se estaban separando para responder cuando sentí uno de sus dedos penetrarme. Yo estaba húmeda por mi orgasmo así que se deslizó con facilidad en mi interior, provocando una presión exquisita.

–Vamos...ya conoces la respuesta...–Thorvald exclamó antes de agregar un segundo dedo.

– ¡No! No lo merezco, Capitán. – me lamenté mientras él me follaba con dos dedos. Me aferré a la mesa con mis uñas, arañando la madera de la superficie y gemí aún más alto.

– ¿Y por qué no?– Thorvald preguntó.

–Por qué desobedezco, Capitán... – yo jadeaba fuera de control mientras mis piernas temblaban y mi piel ardía.

–Es cierto. A pesar de tu apariencia noble eres una muchacha salvaje que no puede contenerse. –Thorvald dijo mientras empujaba con sus dedos hacia atrás y adelante– pero yo tampoco puedo contenerme. Tienes un coño tan mojado, caliente y ajustado...Creo que te follaré de todas maneras ¿Eso te parece bien?



–S-si...Si, Capitán. ¡Fólleme!– sollocé con mi rostro contra la mesa.

Mis paredes internas ajustaban sus dedos como si no quisieran dejar ir. Se sentía tan bien cuando empujaba bien profundo dentro de mí. Pero no era suficiente

–Oh, pero eso podría traerle problemas a una dama de alta cuna como tú –dijo mientras me masturbaba más rápido. – ¿Qué pasará cuando regreses a casa y descubran que te has dejado follar por un vikingo salvaje como yo?

– ¡No me importa! –sollocé. Lo necesitaba tanto en mi interior – ¡No me importa! ¡Fóllame, por favor!

Thorvald se detuvo.

Yo me tomé unos momentos para respirar y recuperar mi aliento. Mi piel ardía y latía fuera de control, al igual que mi clítoris. Me había dejado una vez más justo al límite del orgasmo. Él era un experto en eso Estaba anticipando su enorme polla penetrándome, cuando en su lugar sentí algo completamente diferente. Thorvald se había arrodillado detrás de mí y estaba depositando suaves besos y caricias sobre mi carne mojada.

–Muy bien, Miladi, te daré lo que tanto ansías. – susurró contra mi piel. Su aliento cálido acarició los labios entre mis piernas antes de besarlos, y yo temblé.

Las yemas de sus dedos separaban mis labios, y él insertó su lengua en mi interior. Yo estaba tan sensible luego del castigo que cada sensación multiplicaba mi placer por mil. Apenas podía soportarlo. Era una tortura más salvaje que los azotes. Y mucho más placentera.

Thorvald comenzó a follarme con su lengua, y yo me derretía bajo cada toque. De pronto, sentí como curvaba su lengua en mi interior. Ese simple gesto envió un relámpago por todo mi cuerpo, y tuve que esforzarme para sujetarme a la mesa y no caer.

Y cuando sentí que no podría tolerar su lengua por un instante más, Thorvald se detuvo.

–De rodillas, Miladi– me ordenó mientras me propinaba una suave nalgada. Obedecí, por supuesto, bajando de la mesa y arrodillándome frente a él.

Observé hacia arriba mientras Thorvald me acariciaba el cabello con una mano, y se desabotonaba los pantalones con la otra.

–Has actuado muy bien, Lady Juliet. Estoy muy satisfecho contigo....mereces una recompensa.... – Thorvald me sonreía y sus ojos grises destellaban en la oscuridad, danzando bajo la luz de las antorchas. Pero mi vista estaba fija en sus dedos, que estaban ocupados en desabotonar sus pantalones de cuero. Finalmente, los cordones estaban sueltos y su polla dura estaba libre, dura frente a mi rostro.

Instintivamente, yo me lamí los labios, mientras mi carne pulsaba entre mis muslos. Pero Thorvald permaneció inmóvil, simplemente frotando su propia polla con su mano.

– ¿Quieres esto, verdad?– Thorvald rió por lo bajo, y el aire comprimía mi pecho con violencia. Lo necesitaba demasiado.

–S-sí, Capitán.... – balbuceé mientras examinaba la larga polla de Thorvald con ojos hambrientos. No podía esperar un segundo más para sentirla dentro de mí. Aunque sea, dentro de mi boca.

–Abre la boca y saca la lengua...– Thorvald ordenó.

Lo hice, y a continuación, él tomó un puñado del cabello de mi nuca con fuerza, y usó su otra mano para golpear su polla dura contra mi lengua. Pero yo necesitaba mucho más que eso, y él lo sabía.

–Quieres más, ¿no es cierto?– Thorvald reía mientras me jalaba el cabello y golpeaba su polla contra mi lengua con más insistencia.

–S-Si, Capitán.... – respondía.

–Chúpame la polla...–Thorvald ordenó. Y no pasó ni un segundo antes que yo tuviera mis labios envueltos alrededor del miembro duro de Thorvald. Este gruño de placer, echando su cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, y utilizando su mano para empujar mi nuca todavía más profundo.

Thorvald comenzó a embestir con sus caderas hacia atrás y adelante, llenando mi boca con su polla. Yo luchaba por respirar, apoyando mis manos en sus muslos y sintiendo como su miembro duro penetraba cada vez más y más profundo en mi garganta.

–Muy bien.... –Thorvald gruñía de placer, mientras empujaba su polla cada vez más duro hacia adelante –Si me gusta follarte la garganta, tal vez te folle el coño después... ¿eso te gustaría?

Apenas podía responder; su polla llenaba mi boca por completo. Pero me esforzaba por mantener mis nauseas bajo control y tomar cada vez más de Thorvald en mi boca. Lo sentía cosquillear en mi garganta y era una sensación increíble, que hacía que mi clítoris palpitará con necesidad entre mis piernas.

–Eso es...ahógate con mi polla... ¿te gusta eso, verdad princesita?– Thorvald empujaba sin piedad y sus palabras salían entrecortadas. Yo balbuceé unos sonidos incomprensibles, mientras su polla llenaba mi boca y la saliva chorreaba por mis pechos desnudos.

Sentí que la polla de Thorvald vibraba levemente contra mi lengua, y todo mi cuerpo se estremeció imaginando el sabor de su semen caliente. No podía esperar para saborear a mi captor. Pero en su lugar, éste retiró su miembro de mi boca con un movimiento abrupto.

Me sentí increíblemente vacío y frustrada, pero a la vez, aproveché para recuperar el aliento. Mi pecho subía y bajaba frenéticamente mientras mis pulmones se volvían a llenar de aire, el aire que me había sido negado hacía algunos momentos. Pero no tuve mucho tiempo de recuperarme; Thorvald me

jaló de un brazo y volvió a empujarme contra la pared.

Mi rostro y mis pechos chocaron contra la pared del barcoluengo, mientras Thorvald se colocaba detrás de mí y me separaba las piernas. Me volvió a atar las muñecas con una soga, esta vez por arriba de mi cabeza.

Pronto, yo estaba nuevamente atada a la pared, pero esta vez de espaldas a Thorvald, quien sujetaba mis caderas con fuerza.

–Te lo has ganado esta vez...–Thorvald susurró contra mi nuca, antes de morderme el cuello. Sentí su miembro duro presionar entre mis nalgas, pero nunca entrando. Thorvald escupió entre y deslizó su polla entre ellas un par de veces, haciéndome gemir con necesidad.

–P-por favor, Capitán.... – supliqué. Sentía que iba a volverme loca. Lo necesitaba dentro de mí. Cada segundo de esa tortura era insoportable.

–Por favor ¿qué?– Thorvald mecía sus caderas más rápido, pero su polla nunca entraba.

–Por favor, fólleme, Capitán. Lo necesito.... – sollocé.

–Mírate, una dama de la casa Bowen llorando por mi polla...es un espectáculo hermoso.... – Thorvald suspiró contra mi piel mientras sujetaba mi cuello con una mano firme. No pasó ni un instante más, que la polla de Thorvald estaba presionando contra mi entrada. Estaba húmeda por su lengua y su saliva, así que me penetró de un solo movimiento violento. Yo aullé de dolor y placer, extasiada de sentir a ese vikingo finalmente llenarme.

Dolía un poco, pero era un dolor increíblemente placentero, uno que me hacía sujetarme a las sogas para que mis rodillas no le fallen. Electricidad recorría mi espina dorsal, y mi interior latía con placer. Y Thorvald no paraba de embestir.

–Más, Capitán....por favor....más– suplicaba con mis ojos llenos de lágrimas, y sus brazos tirantes contra la pared. Thorvald me sujetaba del cuello, sin

llegar a cortarme la respiración, pero obligándome a arquear la cabeza y espalda, y entraba cada vez más fuerte y más profundo dentro de mí.

Mis paredes internas se contraían con placer mientras él me penetraba cada vez más duro. Por momentos Thorvald hundía sus dientes en mi hombro o cuello, haciéndome gemir todavía más fuerte.

–Cuidado.... ¿quieres que escuchen lo puta que eres?– Thorvald rió mientras empujaba más fuerte dentro de mí. Pero no me importaba si alguien nos oía, solo me importaba lo bien que se sentía Thorvald dentro de mí. Él embestía con bríos, cada vez más rápido, preso de necesidad y furia. Y yo lo recibía con ansias, deseando cada vez más.

Arqueé su espalda aún más, y desde ese ángulo la polla de Thorvald tocó lugares nunca antes explorados. El sudor caía por mi rostro y apenas podía mantener los ojos abiertos. Mis interiores se contraían alrededor del miembro de Thorvald a un ritmo ascendente, ajustándolo con fuerza. Y se notaba que Thorvald disfrutaba esto, pues sus gruñidos y gemidos se hacían más altos. Pensé que eran los sonidos más excitantes que había oído en toda mi vida. Me mordí los labios con tanta fuerza que pude saborear mi propia sangre, mientras Thorvald continuaba embistiendo dentro de mí sin piedad.

Los movimientos de Thorvald se hacían cada vez más erráticos y violentos, y yo supe que mi captor estaba a punto de correrse. Mi propio orgasmo también estaba cerca, precipitado violentamente. Solo podía concentrarme en el miembro de Thorvald, follándome con furia, golpeando mi interior y haciéndome gritar. Cuando menos lo esperaba, sentí la mano derecha de Thorvald acariciando mi clítoris. Comenzó a masturbarme a la vez que me follaba con todos sus bríos, y yo dejé escapar un grito tan alto como desesperado. Creí que podría morir allí mismo, con la polla de Thorvald enterrada en lo más profundo de mi cuerpo, y moriría feliz, sin duda.

Cuando el ritmo de la mano de Thorvald se sincronizó con el ritmo de sus embestidas, yo alcancé mi punto álgido. Me corrí con fuerza, mientras Thorvald seguía masajeando mi clítoris en círculos. Me retorcí de placer entre las sogas, su polla vibraba fuera de control y ese placer increíble se expandió

por todo mi cuerpo. Cada músculo de mi ser pulsó con violencia, y eso precipitó también el orgasmo de Thorvald.

Todo mi cuerpo había despertado, invadido por mil sensaciones, cada una más poderosa que la anterior. Y Thorvald estaba vertiendo su semilla dentro de su prisionera entre gruñidos y gemidos de placer. Se aferró a mis caderas con fuerza mientras las últimas embestidas me llenaban con su semen caliente. Mis músculos internos pulsaban a un ritmo tan frenético como delicioso, y ambos gritamos en agonía mientras el placer nos invadía.

Cuando Thorvald aflojó los nudos de mis muñecas, yo caí al suelo, exhausta y con una gran sonrisa en sus labios. Apenas podía mantener mis ojos abiertos, mientras sentía el semen de Thorvald chorrear fuera de mí por mis muslos. Mi cuerpo aún vibraba suavemente. Yo permanecí acurrucada en el suelo, con mi cuerpo cubierto de sudor mientras recuperaba el aliento.

– ¿Y que se dice ahora?– Thorvald preguntó, de pie frente a mí. A él también le costaba respirar luego de su orgasmo.

–Gracias...

–Gracias, ¿que....?

–Gracias, Capitán.

– ¿Y por qué?

–Gracias por follarme tan bien, Capitán.

## Capítulo cinco

Luego de un orgasmo tan poderoso, todo mi cuerpo se debilitó y me quedé dormida al instante. Dormí por horas y horas en el más plácido de los sueños, pero cuando entreabrí mis ojos me sentía enferma. Recuerdo vagamente la voz de Thorvald diciéndome *Tantas horas desnuda en el barco ¿Cómo no ibas a coger fiebre?* mientras su manos acariciaban con suavidad mi frente caliente. Volví a dormir, tan profundo que no tuve ningún sueño. Cuando volvía a abrir los ojos, estaba en mi recámara en el castillo de mis padres.

Estiré mis músculos; me sentía fuerte y renovada. Las criadas se apresuraron a rodearme y preguntarme como me sentía. Estaban todas muy felices de verme recuperada, sana y salva después de un episodio tan horrible y peligroso. Yo no tenía idea a qué se referían, ni siquiera recordaba cómo había regresado al castillo. Pero ellas se sonrojaron y se negaron a explicarme. En su lugar, me ofrecieron reunirme con mi padre que estaba desayunando en la gran sala. Así lo hice; me vestí y acudí a su encuentro con el cabello todavía desarreglado.

Di un rápido vistazo al salón principal donde generalmente cenábamos. Las paredes estaban decoradas con el escudo de armas de la familia Bowen, así como varios retratos de sus miembros. Afuera el verano resplandecía y el lujoso comedor estaba cálido gracias a la chimenea y las velas que los alumbraban. Se había servido a la mesa la mejor selección de carnes y vinos. Sin embargo, yo pensé que cambiaría todo ese confort por estar una noche más en la mazmorra, junto a Thorvald.

Y para mi sorpresa, allí estaba él, sentado a la mesa junto a mi padre.

Mi corazón dio un vuelco y tuve que luchar para no gritar. Sin embargo, un suspiro quedo escapó de mi garganta.

–Tranquila Juliet –me tranquilizó mi padre –Él no te hará daño.

Que escena tan ridícula. Jamás hubiera imaginado ver a Thorvald, con sus cabellos rojizos y salvajes, sentado en la misma mesa de mi familia. Su imagen desprolija contrastaba con las finas ropas y los cabellos grises de mi padre. Caminé hacia ellos con mi corazón palpitando fuerte contra mis costillas. Thorvald no separaba su mirada de hielo de mí, y una sonrisita se dibujó en sus labios.

–N- no entiendo... -finalmente dije al tomar asiento junto a mi padre.

–Te comprendo, hija. Debo admitir que la presencia de un vikingo aquí es más que inquietante.... – el viejo arqueó su ceja poblada y canosa antes de tomar un sorbo de su vino tinto.

–A mí también me sorprende.... – Thorvald respondió con toda su cortesía antes de cortar un trozo de carne con su cuchillo y tenedor y llevárselo a la boca. –Pero agradezco infinitamente su hospitalidad, a pesar de los roces entre nuestros pueblos.

–Por supuesto, muchacho. Nosotros no somos salvajes.... – mi padre tomó un largo sorbo de vino. –Entonces...si he entendido bien... ¿tú has encontrado a mi hija desmayada en el bosque y la rescataste?

Yo tartamudeé. No tenía idea de que mentiras Thorvald le había dicho a mi padre, y no quería arruinar la fachada. Además, sabía por la mirada de mi padre, que algo sospechaba. Por suerte, el poder seductor de Thorvald incluía una buena dosis de oratoria.

–Así es. Esta jovencita estaba desmayada, a punto de ser devorada por lobos. Si yo no la hubiese encontrado antes.... – Thorvald avanzó con pasos



arrogantes y se unió a la mesa. Me costó no reír ante su explicación, y a él costó no dirigirme una mirada lasciva. Se veía tan bien que mi entrepierna cosquilleo bajo la mesa. Era inmoral sentirme así al lado de mi padre, peor no podía evitarlo. Thorvald tenía ese poder sobre mí, el poder de encender todo mi cuerpo con una mirada.

– ¿Y qué hacías tú tan tarde por el bosque, en lugar de durmiendo en tu cama?–  
Mi padre dirigió su mirada hacia mí y arqueó su ceja blanca una vez más.

–Cazando.... – Me serví un poco de vino y bebí. Yo no era tan buena mentirosa como Thorvald.

– ¿Cazando? ¿A esa hora y completamente sola? ¡¿Tienes idea de lo peligrosa y estúpida fue tu idea?! –rugió mi padre.

–Tienes razón. – Agregó Thorvald con una sonrisa maliciosa – Una mujer tan hermosa...de hecho, tuve que contener a mis hombres para que no le pusieran un dedo encima. – La manera en que Thorvald podía mentir sin que su tono de voz cambiara, me llenó de admiración.

–Y supongo que ahora quieres una recompensa por ello, por haber traído a mi hija sana y salva a mi castillo – suspiró mi padre frustrado.

– ¿Por qué otra razón lo habría hecho? – sonrió el vikingo pelirrojo.

–Estás loco, muchacho. Como todos los de tu pueblo– el rostro del viejo se enrojeció mientras me miraba de reojo –La única razón por la cual estás avivo aún es porque has salvado la vida de mi única hija. Y la has regresado a mí intacta. De lo contrario, te hubiera mandado a decapitar apenas cruzaste mi empalizada ¡mis ancestros deben estar revolcándose en su tumba pues he permitido a un vikingo sentarse en mi mesa!

–Tal vez eso sea cierto. – Thorvald confirmó con una sonrisa educada. –De hecho, el único motivo por el cual usted está vivo es porque deseo cobrar la recompensa, y porque me he aventurado solo en sus dominios. Pero si algo me ocurriera, mis hombres no tendrían reparo en hacer arder este castillo hasta

sus cimientos.

Una sonrisa lobuna se dibujó en los ojos de Thorvald, y mi corazón se detuvo por un instante. Si mi padre no hubiera estado presente, yo dejaría que Thorvald me follara en esa misma mesa.

–Terminemos esto de una buena vez ¿Cuánto quieres?– el viejo dijo, pensativo. Obviamente había algo en la historia que no lo terminaba de convencer.

Había algo molesto en la voz del viejo. Thorvald supo que, cortesías aparte, no era bienvenido allí. Los vikingos no dejaban de ser nuestros rivales, a fin de cuentas. Unos instantes más tarde Thorvald exclamó:

–Veinte monedas de oro estarán bien. Pero quiero algo más – amenazó Thorvald.

En ese momento, miles de fantasías se desplegaron frente a mis ojos. Por algún motivo, imaginé que me pediría a mí como parte de la recompensa ¡Ja! ¿No sería aquello una locura? Que el precio por rescatarme fuera llevarme con él a bordo de su barcoluengo, y follar cada noche con la misma intensidad con la que lo hacíamos en secreto.

–Verá, Lord Bowen –continuó Thorvald con falsa cortesía –Amo el mar, he nacido y moriré sobre un barco. Pero de tanto en tanto, deseo la cama mullida que ustedes los nobles poseen en tierra firme. Además del oro, deseo su hospitalidad durante una noche. Solo una noche en una cama cómoda. Por la mañana partiré y no tendrá más noticias de mi existencia.

– ¡Realmente estás loco! – mi padre exclamó levemente ofendido.

–Se pronostica una tormenta para esta noche. Y si yo no regreso a mi campamento, mis hombres asumirán que usted me ha asesinado. Tomaran represalias, y no son tan educados como yo – sonrió Thorvald. – ¿Acaso la vida de su hija no vale una simple noche de hospedaje?

Yo me mordí el labio inferior. Deseaba tanto a aquel hombre...

–De acuerdo.... – mi padre refunfuñó. –Pero si por la mañana no te has ido, mis soldados se cobrarán tu cabeza. Les diré a los criados que lo guíen a su recámara.

Mi padre se puso de pie y me tomó suavemente del brazo. Yo lo acompañé hasta la puerta.

–Juliet, haz que te revise el médico. –me susurró. Yo sentí una punzada de miedo en mi pecho.

–Padre, no es necesario. Estoy bien –le sonreí. –Ninguno de los vikingos me ha tocado.

–No seas ridícula. Después de este episodio, tu matrimonio con el joven Goodyoung pende de un hilo. –volvió a susurrar, avergonzado. –Su familia puede poner en duda tu virginidad y anular el compromiso.

El miedo se transformó en pánico. Aunque en el fondo, si se anulaba el matrimonio sería el día más feliz de mi vida. Sin embargo, yo no toleraría la vergüenza de que todos supieran que yo no era virgen.

¿Y por qué? ¿Por qué era tan valioso lo que yo decidiera hacer con mi cuerpo?  
¿Acaso eso no era decisión mía y de nadie más?

–Ya te he dicho que eso no es necesario un examen médico. –insistí.

–Ni tu palabra, ni la mía es suficiente – sentenció mi padre antes de abandonar la sala. Los criados entraron y guiaron a Thorvald hacia la recámara. Cuando él cruzó la puerta, nuestras miradas se cruzaron por un breve instante.

Una descarga eléctrica recorrió todo mi cuerpo, y él volvió a sonreírme.

## Capítulo seis

El desayuno incómodo había terminado hacía varias horas ya, y la madrugada estaba tan fría como silenciosa en el castillo de mi familia. Había logrado evitar el examen médico tan ansiado por mi padre, pero tampoco había vuelto a cruzarme con Thorvald por el resto de la jornada. A la distancia, los lobos aullaban, pero la recámara de huéspedes que le habían asignado a Thorvald estaría cálida y reconfortante gracias al pequeño fuego que ardía en un rincón.

Yo aún estaba despierta. Esperé a que los criados dejaran de circular por el pasillo y me levanté de mi cama. Me vestí y me coloqué unas botas que no hacían ruido al pisar. Las mismas que utilizaba en mis espadas nocturnas. Con el corazón en la boca, me dirigí a la recámara de huéspedes. Ya estaba excitada, recordando las cosas que habíamos hecho y las que pronto repetiríamos.

Cuando luego de horas de espera, el picaporte giró suavemente, Thorvald se precipitó hacia mí con los brazos abiertos...

Yo recibí con cautela, ya que tenía miedo que algún criado me hubiera oído merodear por los pasillos. Aun así, me perdí entre sus brazos y le mordí los labios en un hambriento beso.

Había extrañado besarlo. Durante mi *secuestro*, no nos habíamos besado ni una vez, y yo me encontraba hambrienta por ello.

—Parece que aún tienes ganas de más.... — Thorvald tomó una pausa para respirar, y para cerrar la puerta detrás de él con una patada. Luego nuestros labios se volvieron a encontrar; nuestras lenguas deslizándose la una contra la otra con urgencia. Sus labios, dientes y lenguas me exploraron por unos largos

momentos, antes de que Thorvald hablase de nuevo – ¿Te encuentras bien, Juliet?

–Estoy perfecta...– afirmé antes de morder el labio inferior de Thorvald.

–Entonces ¿lo he hecho bien?– una sonrisa extra confiada curvó los labios de Thorvald, y yo quise morderlos de nuevo.

–Perfecto, como siempre. –le respondí mientras sentía su polla ponerse dura contra mi cuerpo–Fue muy arriesgado traerme al castillo de tu padre... ¿y si alguien nos descubría?

–No tuve más remedio....realmente cogiste fiebre. No quería que te enfermaras con gravedad– Thorvald se encogió de hombros.

–Lo sé –volví a besarlo– ¡La próxima hagámoslo en tierra firme!

–Un par de horas desnuda cerca del mar y te enfermas...–Thorvald rió por lo bajo, antes de hundir su rostro en mi hombro y besar su cuello. – Pero te veías hermosa atada a la pared, tan indefensa y sumisa.

Thorvald deslizó un dedo por mi rostro de, yo lo tomé en su boca y lo chupé sin vergüenza, y sin romper el contacto visual. Thorvald sonrió satisfecho mientras yo lamia sus dedos, y empujó su cuerpo contra la pared. Comenzó a mecer sus caderas, y su polla, ya dura, comenzó a frotarse contra mis muslos humedecidos por el sudor. Aun con sus pantalones y mi vestido puestos, era una fricción deliciosa.

– ¿Cuándo vas a atarme de nuevo?– pregunté, ansiosa.

–Sí que eres avara.... ¿no te basta con que todos los veranos yo regrese a tierra firme y te *secuestre* durante unas horas? – Thorvald exclamó antes de morderme los labios de nuevo.

–No. necesito más –dije en voz alta, y aquellas palabras se sintieron cómo una epifanía.

No me bastaba con escabullirme una o dos veces al año y dejar fingir que Thorvald me secuestraba. Necesitaba más.

–Debemos tener cuidado....estos juegos se están poniendo peligrosos.... – sentenció él mientras besaba mi cuello y sus manos me despojaban de mi vestido.

–Oh ¿cómo tu ridícula historia en la que me rescatas de los lobos?– protesté mientras Thorvald me estrechaba fuerte entre sus brazos. Pero luego emití un suspiro de placer mientras el calor de su cuerpo me invadía. –Aun no puedo creer que mi padre se haya tragado eso.

Thorvald sonrió a modo de respuesta. Me besó de nuevo antes de quitarse su camisa negra con apuro jadeante. Tan solo ver el vello rojizo entre sus pectorales firmes, y la dureza de sus músculos abdominales era suficiente para que yo me humedeciera. Y si me concentraba el recordar cómo se sentía estar atada a su merced, era capaz de correrme. Respiré hondo y abracé su rostro contra mis pechos desnudos. Él gruñó, los besó y mordió mis pezones duros. Yo gemí de placer en respuesta.

–Pero... ¿pronto? prométame que me atará de nuevo muy pronto, Capitán...– supliqué con el mismo tono de voz lastimoso que usaba durante nuestros juegos. Thorvald refunfuñó con mi pezón entre sus dientes, y yo gemí más alto. Lo abracé con mis muslos y mecí mis caderas más duro contra la erección de Thorvald, y la electricidad corrió a través de ambos.

Thorvald dejó escapar otro gruñido incoherente. Se notaba lo mucho que le excitaba cuando yo le hablaba así, cuando fingía que él me dominaba. Ambos sabíamos que ningún hombre sería capaz de obligarme a nada, pero era divertido fingir. Ambos disfrutábamos aquel juego de dominación. Preso de la lujuria, sus manos fueron a mi ropa interior. Me la arranco con manos furiosas, para luego hacer algo similar con sus pantalones. Yo lo ayudé a desvestirse, mientras sus labios chocaban el uno contra el otro como si se necesitaran para

poder vivir.

Pero una vez que ambos estuvimos completamente desnudos, su polla dura como una roca, Thorvald se alejó de mis labios. Tenía las pupilas dilatadas y la piel de su rostro tan roja como su barba. Sus manos apretujaron mis pechos sensibles y luego bajaron por mi estómago y mis muslos. Yo no podía creer lo mojada que estaba.

Sentí las cosquillas en mi estómago y muslos multiplicarse, y meforcé para no gritar. Cuando abrí mis ojos y regresé mi vista hacia Thorvald pude notar lo duro que estaba. Su polla se erguía sobre la mata de vello rojizo entre sus piernas. Estaba rígida y con la punta húmeda y enrojecida. Al mismo tiempo que sentí su dedo deslizarse entre mis piernas, yo envolví su dureza con mis manos.

Lo escuché gruñir por lo bajo, y sonreí. Él cerró sus ojos y echó su cabeza hacia atrás, y yo subía y bajaba mi mano por su miembro, maravillada por lo grande que era. Yo ya lo había disfrutado un montón de veces, pero siempre lograba hacerme temblar las rodillas. Mientras tanto, él exploraba la abertura entre mis piernas con su dedo. Lo deslizaba entre mis labios y dibujaba pequeños círculos alrededor de mi clítoris, y a mi me costaba mantenerme en pie.

Nos masturbamos así, en silencio durante unos breves instantes, mientras compartíamos besos cada vez más húmedos, urgentes y pasionales.

Las cosquillas aumentaron hasta que yo tuve que sostenerme de sus anchos hombros para no caer. Thorvald nos e detuvo; me frotaba el clítoris a un ritmo que palpitaba en todo mi cuerpo. Mordí su cuello para no gritar al momento de correrme; todo mi cuerpo se tensionó en un momento perfecto. Oí el aroma masculino de su cuello y me relajé, mientras el placer todavía palpitaba con suavidad dentro de mí.

Pero aquello no era suficiente. Aquello era solo el principio.

Después de correrme, me arrodillé frente él. Las piernas todavía me temblaban, y ver su polla palpitante frente a mis ojos hizo que mis muslos se humedecieran todavía más.

Lo tomé en mi boca sin vacilar.

Lamí la polla de Thorvald con ansias, tomándome mi tiempo para recorrer todo su largo con la lengua. Dibujé algunos círculos en sus testículos antes de tomar el miembro duro en mi boca de nuevo. Thorvald gimió de placer y aprobación, y enredó sus dedos en mis cabellos como hacía siempre. A medida que yo lo tragaba más profundo, él jalaba de mi cabello con suave insistencia, acompañando mi cabeza. Poco a poco, ambos nos tornamos más desesperados e insistentes.

Yo luchaba contra mis nauseas e intentaba tragarlo completo. Era imposible gracias a su impresionante tamaño, pero era muy divertido intentarlo. Y sentir mis propias lágrimas rodando por mis mejillas solo me excitaba más. Podía saborearlo, y eso me encantaba. Sentía su dureza caliente alrededor de mi lengua y mis interiores comenzaban a palpar de nuevo, demandando por un segundo orgasmo.

Pronto las embestidas de Thorvald se hicieron más salvajes y erráticas, a medida que sus gemidos crecían en volumen. Finalmente, sostuvo mi nuca con brutal firmeza mientras su polla vibraba dentro de mi boca. Yo adoraba esa sensación, y me aferré con fuerza sus muslos. Con un gemido de placer, Thorvald se corrió en mi garganta de su prisionero. Yo tuve más remedio que tragar hasta la última gota de su semen, caliente y abundante.

Una vez que retiró la polla de mi boca entre jadeos, yo también permanecí arrodillada en el suelo con el aliento entrecortado. Mis paredes internas palpitaban hambrientas, deseosas de más.

–Mírate...eres tan hermosa – Thorvald se inclinó hacia adelante para besar mi



rostro. Mi corazón estaba a punto de explotar; me encantaba cuando Thorvald era dominante, pero también me encantaba cuando era dulce. Y ahora estaba besando mis labios con una ternura y una suavidad que hacía que mis interiores latieran con furia.

–Te mereces una gran recompensa por esto. – Thorvald suspiró contra mis labios antes de besarme de nuevo. Deslizaba las yemas de sus dedos por mi barbilla mientras sus ojos lo estudiaban como si fuese un tesoro invaluable. – ¿Qué es lo que quieres de mí?

Las cosquillas crecieron entre mis muslos.

–Quiero que me folles. –respondí desafiante.

Thorvald no dijo nada, tan solo me dedicó una media sonrisa y se dirigió a la cama. Yo le seguí mientras las ansias parecían devorarme por dentro. Nos recostamos en la cama e intercambiamos algunas caricias lánguidas. Él mordía mi cuello y mis pezones, y yo sentía como se volvía a poner duro entre mis dedos. Sus manos recorrieron mis piernas y mis nalgas, y conforme sus caricias se tornaban más bruscas, yo lo masturbaba más fuerte. No tardó mucho en que su polla se tornara dura y enrojecida, apuntando hacia el techo.

– ¿Te gusta el espectáculo?– Thorvald me preguntó entre alientos entrecortados, mientras movía sus dedos en círculos alrededor de unos de mis pezones hinchados. Yo apenas pude responder, me limité a asentir con la cabeza. Era, en verdad, un espectáculo tan excitante, ver que Thorvald se endurecía una vez más, tan solo minutos después de haberse corrido en mi boca, que yo apenas podía contenerme.

Con mis piernas algo temblorosas, me senté a horcajadas de él y descendí sobre su polla, despacio. Dejé escapar un gemido de placer y alivio, mientras sentía mis interiores envolver su polla de manera tan ajustada. Él se aferró a mi cintura suavemente, guiándome aún más abajo.

–Disfrútalo, te lo has ganado...–Thorvald suspiró con una sonrisa de satisfacción cuando su polla estuvo completamente enterrada dentro de mí.

Era un placer enloquecedor, y mis paredes interiores comenzaron a contraerse antes de que yo me empezara a moverme. Me costaba muchísimo no gritar.

Comencé a mecer mis caderas, como lo había hecho docenas de veces antes, siempre a escondidas.

Él tan solo podía gruñir mientras yacía sobre su espalda, conmigo subiendo y bajando vigorosamente sobre su polla. Me encantaba tener el control. A decir verdad, era yo quien siempre lo tenía. Pero era especialmente delicioso montarlo de aquella manera, hundiéndome enfurecida sobre su erección. El único sonido que llenaba la habitación eran nuestras respiraciones y gemidos apagados, junto a la carne de ambos chocando con urgencia. Llegó un momento en el cual yo apenas podía tolerarlo; mis músculos envolviendo esa polla dura con tanta fuerza, contrayéndose a un ritmo delicioso. Y lo mejor era abrir los ojos y ver el rostro de Thorvald enrojecido, con los ojos cerrados y la boca retorciéndose de placer. Su pecho plano y musculoso también estaba sonrojado y cubierto de sudor, y yo deslicé una mano sobre él, maravillada.

Lo cabalgué con fuerza, como si mi vida dependiera de ello. En unos instantes, mis movimientos se hicieron más fuertes y violentos, y sentí como su polla vibraba con placer dentro de mí. Arqueando todo mi cuerpo en un espasmo violento, me corrí mientras ahogaba un gemido de agonía en mi garganta. Thorvald también se mordió los labios para no gritar mientras su semen caliente me llenaba por completo.

Permaneció en mi interior unos instantes, antes de que yo me desplomara, exhausta, sobre su pecho. Él recibió entre sus brazos. Permanecimos así unos largos momentos, en silencio, con nuestros brazos y piernas entrelazados y nuestros cuerpos cubiertos de sudor. Al cabo de un rato, Thorvald nos cubrió a ambos con las cobijas, y me aferró contra su pecho. Acarició mi cabello con dedos cuidadosos, y yo lo besé en respuesta.

Todo mi cuerpo aún estaba pulsando, pero a un ritmo mucho más lento y suave. Y estar entre los brazos de Thorvald mientras el placer se desvanecía era una de mis partes favoritas de todo este juego que habíamos iniciado tantos veranos atrás.

–Juliet –Thorvald suspiró contra mi cuello luego de unos minutos de silencio.

– ¿No te he lastimado, verdad?

– ¿Cuántas veces vas a preguntármelo?– me parecía delicioso cuando Thorvald bajaba la guardia y se mostraba vulnerable. –Has hecho todo lo que te he pedido. Desde encontrarme en la taberna, fingir que no me conocías, perseguirme en el bosque y secuestrarme.

–Si pero ¿no te he lastimado, verdad? Te he tenido atada muchas horas, por mi culpa te has resfriado – Thorvald levantó su rostro y sus ojos grises se encontraron con los míos.

–Eso es cierto, pero nunca has hecho nada que no me haya encantado, Thorvald. – le mordí el labio inferior suavemente, y él sonrió. Me respondió besando mis labios por un rato largo, mientras enredaba sus dedos en mi cabello claro.

Finalmente me quedé dormida en sus brazos, recordando cuantas veces habíamos hecho eso.

Demasiadas, y a la vez, muy pocas.

## Capítulo siete

Estaba una vez más en la cubierta del barco de mi abuelo. Los vikingos nos invadían con sus gritos de guerra y sus flechas de fuego. Yo no tenía miedo. Estaba fascinada. El muchacho de ojos grises y cabello rojo me enfrentó, con su sonrisa pícaro y su rostro imberbe. Cuando me jaló de la cintura mi vida cambió para siempre. En secreto deseaba huir con él y vivir aventuras, abandonar el aburrido castillo y navegar por el mundo. Abandonar las formas civilizadas que me obligaban a ser una damita obediente y finalmente ser yo misma. Liberarme. Sus manos eran jóvenes pero fuertes, y sus brazos rodearon mi cintura con facilidad. A pesar de lo fuerte que era, yo le facilité llevarme. Quería rendirme a él, y rendirme a mis propios deseos los cuales yo, a pesar de mi juventud, sabía que mi familia reprimiría.

La lluvia interrumpió mi sueño y me desperté en la cama de la recámara de huéspedes. Sin abrir los ojos, sentí el aroma a la piel de Thorvald y sonreí, sus dedos comenzaron a acariciar mi cabello al descubrirme despierta.

–Tenías razón –suspiré, aun con los ojos cerrados, sin separar mi cabeza de su pecho –Se acercaba una tormenta.

–Yo siempre tengo razón –rió él antes de besar mi frente. Con suavidad se levantó de la cama, y yo me abracé la almohada en lugar de su cuerpo musculoso. Estaba impregnada con el aroma de su cabello y sudor, y me recordaba lo que habíamos hecho apenas horas atrás. Los músculos de mis piernas estaban placenteramente tensionados y cansados.

–Estaba soñando con el día en que nos conocimos – murmuré.

– ¿En el barco de tu abuelo? – Rió Thorvald – ¡Realmente quería secuestrarte ese día! Lástima que los soldados de tu padre intervinieron...

–Lo sé. Pero no te engañes, si yo no lo hubiera permitido, no me hubieras movido ni medio metro.

–Ni siquiera sé que hubiera hecho contigo si realmente lograba secuestrarte – volvió a reír Thorvald –Apenas era un niño...ni siquiera había estado con una mujer.

–Lo sé. Tu primera vez fue conmigo, al igual que la mía, el verano siguiente a aquello – respondí – ¿Pero por qué intentaste raptarme, entonces?

–No lo sé...–hizo una pausa y suspiró –Solo sé que te quería. Lo supe apenas te puse los ojos encima. No podía razonar, solo deseaba poseerte.

Sonreí y abrí mis ojos. Ví que Thorvald se estaba vistiendo con rapidez.

– ¿Vas a partir con esta tormenta? –pregunté.

–Debo hacerlo – dijo con una sonrisa amarga –Tu padre me cortara la cabeza si no lo hago ¿recuerdas? y si me mata, entonces no podré regresar a *secuestrarte* el próximo verano.

–El próximo verano tal vez no puedas secuestrarme de todas maneras – murmuré –Seré la esposa del imbécil de Byron Goodyoung.

Poco a poco, conforme yo iba despertando, regresaba a la realidad. Las sensaciones placenteras que me habían invadido junto a Thorvald ahora se desvanecían y daban lugar a la cruda realidad. Recordé que mi compromiso estaba cerca, y que mi padre deseaba que yo me sometiera a un examen médico para comprobar mi virginidad. Es sí que era un problema grave.

– ¿Goodyoung? Que nombre tan idiota. Entonces te raptaré de tu marido – la voz grave de Thorvald resonaba entre las paredes de la recámara. Caminó de nuevo hacia la cama, se sentó a mi lado y acarició mi barbilla con dulzura.

–Tal vez no sea tan fácil –suspiré –tal vez ya no viva más en este castillo. Seguramente me mudaré a sus tierras.

El fuego de la habitación se había extinguido, así como debían terminar los juegos entre Thorvald y yo, pensé con tristeza. Él volvió a acariciar mi rostro

y me obligó a mirarlo a los ojos. Esos ojos que me provocaban emociones indescriptibles.

–Vivas donde vas, lleven donde te lleven, yo te encontraré –dijo con su usual confianza –Nada nos ha detenido todos estos años ¿te crees que un imbécil noble me impedirá secuestrarte?

– ¿Y después qué? – Dije entre dientes – ¿Devolverme a su castillo con la excusa de que me *rescataste*? ¿Cuántas veces crees que funcionará esa patética mentira? Mi padre apenas te ha creído ayer.

–Pensaremos algo. Nos ha funcionado todos estos años –Thorvald hizo una mueca preocupada –No entiendo ¿por qué estas tan molesta?

No supe responder. Yo tampoco entendía aquella furia que súbitamente comenzó a crecer en mi pecho y garganta. Estaba frustrada y rabiosa, pero no entendía la causa. Tampoco estaba segura de si estaba enojada con Thorvald o con la situación.

–Hay muchas maneras en la que podemos hacerlo – insistió Thorvald –Puedo raptarte mientras sales a dar un paseo por la playa, o al mercado, o puedes decir que has viajado a visitar a tu familia y encontrarte conmigo en la taberna o el campamento. Y tu marido jamás tendrá que saberlo.

–Tienes razón –suspiré –Pero no es suficiente.

Y aquellas últimas palabras me sorprendieron tanto a mí como a él. Simplemente escaparon de mi garganta en contra de mi voluntad, pero eran sinceras. Una verdad que poco a poco se iba revelando ante mis ojos; no era suficiente.

Disfrutaba muchísimo nuestros falsos secuestros, las escasas horas de mi vida en las cuales yo podía liberarme y ser yo misma. Liberar mis deseos de ser dominada sin que haya verdaderas consecuencias, sin ponerme en verdadero peligro.

O por lo menos aquello creía yo; las consecuencias estaban a punto de estallar ¿Qué ocurriría cuando el medico comprobase que yo no era realmente virgen?

Además, me di cuenta que yo no ansiaba ser dominada. Por lo menos no en la vida real. Cuando Thorvald fingía que me tenía prisionera, nunca hacia nada en contra de mi voluntad. Todos nuestros juegos eran consensuados y nos brindaban un placer enorme a ambos. Sin embargo, si yo me casaba con el hombre que habían elegido mis padres, realmente seria sometida. Obligada a compartir el lecho con un hombre que no amaba, obligada a darle hijos, a brindarle placer aunque él no me lo brindara a mí.

Y yo no deseaba aquello. Irónicamente, Thorvald me ofrecía libertad, aunque atara mi cuerpo desnudo a la pared e su barcoluengo.

Y yo deseaba más de aquella libertad. Quería prolongarla durante toda mi vida, no apenas unas horas durante el verano, cuando la tripulación de Thorvald regresaba nuestras tierras.

Deseaba más, necesitaba más.

–Lo comprendo –suspiró Thorvald, pero en realidad no lo hacía.

Se puso de pie y se alejó unos pasos de la cama. Tenía sus brazos cruzados frente a su pecho, aún desnudo, y sacudía su cabeza con frustración.

– ¡No quiero más de nuestros juegos! –estallé, con lágrimas en los ojos. Pero mi comentario desafortunado solo trajo más confusión.

–Lo entiendo –respondió él con voz seca –Necesitas más. Necesitas algo que yo no puedo brindarte.

*En aquel momento lo odié con todas mis fuerzas. Solo tú puedas brindarme lo que yo realmente necesito, Lo que yo quiero. Lo que siempre he querido, desee decirle. Pero las palabras quedaron atascadas en mi garganta y callé.*

Me mordí el labio tan fuerte que creí que iba a sangrar.

Él también se quedó en silencio unos instantes, esperando una respuesta de mi parte. Al no obtenerla, continuó:

–Eres una dama noble, y yo un vikingo. Perteneces a tierra firme y yo al mar. Las mujeres como tú pueden divertirse con un hombre como yo, pues nunca atenderán lo que realmente desean de un príncipe remilgado. Pero eventualmente, el juego se termina para ambas partes –suspiró, malhumorado. Luego volvió a dirigir sus ojos cristalinos hacia mí – Juliet, tú necesitas un marido. Seguridad. Estabilidad. Yo no puedo brindarte ninguna de esas cosas. Solo puedo darte placer. Y todas las mujeres, cuando maduran, se dan cuenta que eso no es suficiente. Necesitan substancia. Y un vikingo tiene todo menos eso. Creo que ha llegado ese día que tanto temí, el día que te dieras cuenta que yo no soy suficiente para ti.

Hizo otra pausa y su mirada tenía n dejo a desesperación. Parecía que estaba buscando algo en la mía, una respuesta que yo ignoraba. Sus palabras retumbaban en mi mente y la cabeza me daba vueltas. No podía creer que aquello estaba ocurriendo.

– ¡Estoy cansada de que todos sepan mejor que yo lo que yo necesito! – refunfuñé entre dientes. Solo podía sentir la rabia subiendo por mi pecho, estallando en mis mejillas.

Sin embargo, tiempo más adelante me di cuenta que lo que en realidad me enfurecía no era que todos parecían conocer mejor que yo mis necesidades, si no el hecho de que no podía obtener o que realmente deseaba. Y lo que realmente deseaba era a Thorvald, ese hombre que me estaba mostrando su faceta más vulnerable.

– ¡Eres un cobarde! –volví a refunfuñar ante su silencio. Él se adelantó y abrió la boca para hablar, pero yo le interrumpí – ¡Vete ahora mismo de este castillo! ¡No quiero volver a verte!

Volví a acostarme y le di la espalda. Cubrí mi cuerpo desnudo y mi cara con



los cobertores para esconder las lágrimas que estaban a punto de brotar. Cuando finalmente lo oí cerrar la puerta al marcharse, estallé de tristeza y rabia.

## Capítulo ocho

Si mi padre sospechaba que la historia de Thorvald rescatándome era falsa, mi madre estaba casi segura. Tuve que soportar su mirada de escrutinio durante todo el desayuno. Y además, tuve que contener los deseos de llorar que me embargaban desde la partida de Thorvald. Por su parte, mi padre estaba satisfecho al comprobar que el vikingo había abandonado sus dominios, y luego de terminar su pan negro con cerveza se despidió de nosotras y decidió preparar sus perros para una cacería. Cuando mi madre y yo quedamos a solas en la gran sala del comedor, yo sentía punzadas de miedo en mi garganta.

–Al mediodía verás al médico –sentencio con voz severa.

–No es necesario. Me siento bien –respondí.

– ¡Sabes muy bien a lo que me refiero! –mi madre alzó la voz. Sus ojos me estudiaron, y sé que notó que yo había estado llorando. –Es lo mínimo que puedes hacer para compensar tu aventurilla fuera del castillo ¡no puedo creer que seas tan irresponsable! ¡Esto puede costar tu matrimonio!

–No voy a someterme a ese examen –me mantuve firme –Es vergonzoso ¡Si la familia de mi prometido no cree en mi palabra, problema de ellos! ¿Por qué casan a su hijo con una mujer en la cual no confían?

– ¡Yo no creo en tu palabra! – Mi madre volvió a gritar – ¡Tal vez puedas engañar a tu padre, pero no a mí! ¿Sigues siendo virgen Juliet?

Una vez más sentí deseos de llorar. Por algún motivo, no podía dejar de pensar en Thorvald.

–Eso es asunto mío –murmuré, temblorosa – ¿Por qué están todos tan interesados en mi intimidad?

–Por tu bien, espero que lo seas – suspiró mi madre, frustrada –Si no ¿con quién vamos a casarte? ¡Nadie quiere a una puta de esposa!

– ¡No soy una puta! – grité, y escuché mi propia voz temblar.

¿Acaso lo era? ¿Acaso había actuado mal al haber perdido mi virginidad con Thorvald, tantos años atrás? Nunca me había arrepentido de aquello...pero el miedo y la vergüenza me habían temblar las rodillas bajo la mesa. Y la mirada de mi madre me contagiaba su frío.

–Por esa misma razón vas a someterte al examen médico. –Continuó ella antes de darle un sorbo a su bebida –Si no tienes nada que ocultar, entonces no tienes de qué preocuparte.

Respiré hondo, intentando calmarme. Pensé que tal vez yo debía someterme al examen. Comencé a idear maneras en las cuales yo podría engañar al doctor. Seguramente yo no era la primera mujer en hacerlo, tal vez las criadas tenían consejos para darme. También consideré revelar la verdad; que el médico le informara a mis padres que yo no era virgen. Mi euforia estalló durante unos instantes. Imaginar sus rostros enfurecidos era una deliciosa venganza. Pero a pesar de que ello podría librarme de un matrimonio forzado con Goodyoung, también me ocasionaría una deshonra pública que mancharía mi nombre para siempre.

Parecía que las únicas opciones para una muchacha como yo eran; o casarse con un hombre que no amaba, o ser despreciada para siempre por seguir mis propios deseos.

Estallé una vez más.

– ¡No! –me puse de pie y golpeé mi puño contra la mesa en modo poco femenino. Mi madre se sobresaltó – ¡No pienso someterme a ese examen! ¿Sabes por qué? ¡Porque si soy virgen o no es asunto mío y de nadie más! ¡Es mi cuerpo! ¡Y me importa una mierda lo que ustedes o el imbécil de Goodyoung piensen de mí!

El rostro de mi madre se tiñó de rojo. Estaba a punto de gritarme cuando otra voz se filtró desde afuera del castillo.

– ¡Vikingos! ¡Nos atacan! –aulló un guardia. Su advertencia venía acompañada de miles de gritos de soldados preparándose y criados llorando de miedo.

Mi pecho se llenó de una alegría súbita. Mi madre y yo nos incorporamos de la mesa al mismo tiempo. Ella intentó jalarme del brazo y arrastrarme hasta el refugio, pero yo me aparté con violencia y corrí hacia afuera. Atravesé los pasillos atestados de criados que huían a esconderse. Algunos intentaron llevarme con ellos y ponerme a salvo pero me resistí. Mi corazón latía tan fuerte que creí que iba morir. Entre los gritos de pánico y la confusión, escuchaba que eran más de cien vikingos sedientos de sangre los que habían penetrado la empalizada. Otros decían que eran doscientos y otros, mil. Algunos aseguraban que aquello había sido un plan elaborado, que habían esperado que mi padre se fuera de cacería para atacar.

Una vez afuera, el olor a sangre en el aire fue lo primero que me golpeó. Contemplé la encarnizada batalla en el patio principal. No era un grupo grande de vikingos, sin embargo blandían sus hachas con tal brutalidad que a los guerreros de mi padre les costaba hacerles frente.

Me quedé inmóvil frente a la fortaleza, con el viento ondeando las faldas de mi vestido. Entre el desprolijo enfrentamiento, mis ojos buscaban algo con desesperación. O mejor dicho, buscaban a *alguien*.

Pronto lo encontré, y él me encontró a mí como si nuestros ojos hubieran estado buscándose entre sí. Thorvald tenía el hacha y la brava salpicada de sangre, y la piel cubierta de suciedad y sudor. Aun así, era lo más hermoso que yo jamás había visto, y mi corazón dio un vuelco. Al verme, él esbozó una sonrisa. Algunos de los guardias intentaron cogerme de los brazos y arrastrarme de nuevo hacia el interior del castillo. Yo luché contra ellos con uñas y dientes, hasta que Thorvald llegó a mí. Me jaló de la cintura al igual que lo había hecho cuando éramos casi dos niños, solo que esta vez su fuerza era la de un hombre. Un hombre que estaba reclamando lo que amaba y deseaba. Lo supe sin que ninguno de los dos dijera una palabra, y sonreí para

mis adentros.

– ¡Retirada! –Aulló Thorvald cuando me tuvo segura entre sus brazos, sin soltar su hacha de guerra – ¡Al abordaje, muchachos! ¡Ya tengo lo que he venido a buscar!

– ¡Estás loco! –suspiré, y no pude contener mi sonrisa.

–Lo estoy –me respondió –Por no haber hecho esto muchos años atrás-

Y por segunda vez en mi vida, dejé que me llevara con él. Solo que esta vez ningún guardia logró evitar que él me secuestrara.

## Capítulo nueve

El suave bamboleo del barcoluengo me provocaba un leve mareo. Hasta que sentí las manos de Thorvald rodeando mi cintura y su aliento caliente cosquilleando mi nuca. Me provocó un delicioso escalofrío y sonreí.

– ¿Sabes? Para ser la mujer de un vikingo, tienes un estómago demasiado sensible –rió antes de besar mi lóbulo izquierdo.

–Oh ¿desde cuándo soy tu mujer? No veo ningún anillo – protesté mientras miraba mi dedo en forma dramática.

–Nosotros no necesitamos esas porquerías – protestó él con genuino tono ofendido.

Yo reí y recosté mi nuca en su pecho. Él me sujetaba con firmeza y eso aliviaba mis mareos. Thorvald siempre sabía como hacerme sentir estable. Observé el horizonte, mientras el barco se alejaba de la última tierra que habíamos visitado. Thorvald había mencionado muchas veces que los vikingos no solo saqueaban, sino que ejercían comercio legítimo con otros pueblos. Solo después de haber hundido de mi casa supe que no estaba mintiendo. Los saqueos y las batallas sucedían, y a mi se me helaba al sangre presenciar una, así como me aterrorizaba ver la más mínima herida en la piel de Thorvald al regresar. Pero eran menos frecuentes que los que los nobles suponían.

Y desde que aquel barcoluengo se había convertido en mi hogar, nunca me había faltado nada. Ni comida, ni ropa ni joyas. Los vestidos que utilizaba ahora eran bastante diferentes a las faldas suntuosas y los satenes brillantes habían sido remplazados por túnicas de lana y lino, que no cinchaban mi cintura ni me incomodaban. De hecho, prefería aquellos vestidos de tonos azules y rojos que me permitían moverme a gusto. También me gustaba llevar mi cabello suelto, sin perder tanto tiempo arreglándolo. Aunque cuando conocí más muchachas vikingas ellas me enseñaron a trenzarlo a su manera.

Pronto anocheció en altamar. Thorvald cubrió mi espalda con su piel de lobo gris y me condujo al camarote donde toda la tripulación cenaba. Era cerca de la medianoche cuando mis ojos estaban perdidos en las llamas que iluminaban la pequeña sala, y los hombres canturreaban y bebían.

– ¿En qué estás pensando? – preguntó mientras acariciaba mi muslo bajo la mesa.

–Thorvald ¿por qué me has venido a buscar? –pregunté sin siquiera pensarlo. Su cara cobró una expresión sorprendida y curiosa.

– ¿No lo sabes? –me preguntó antes de vaciar su cuerno de cerveza.

Yo no dije nada, solo devolví mi vista hacia las llamas. Tenían el mismo color que su cabello. Me acurruqué contra su pecho y cerré los ojos durante un momento. Sentí sus labios en mi cuello y me estremecí. Sonreí mientras él continuaba mordisqueando la sensible carne de mi cuello. A pesar de lo cálido el camarote, mis pezones comenzaron a endurecerse. Sentí otro escalofrío cuando sus dedos apartaron el cabello de mi rostro para besar mi mejilla.

–Te rapté porque eres mía. Lo supe apenas puse mis ojos en ti, cuando ambos éramos niños sobre el barco de tu abuelo. Desde ese primer instante supe que eras la mujer para mí. Y tú también supiste que yo era tuyo, por eso no te resististe cuando intenté llevarte conmigo –susurró con una voz que me provocó pulsaciones entre mis piernas – ¿Acaso no lo sabes para estas alturas?

Reí por lo bajo. Tenía la más absoluta razón; por más que yo era una muchachita inexperta en aquella época, si cualquier otro hombre hubiera intentado raptarme yo hubiera luchado. Si mi cuerpo se relajó era porque inconscientemente quería ser secuestrada, porque deseaba que él me llevara lejos. Y el motivo por el cual participé en tantos juegos con él todos los éranos siguientes, fingiendo que me secuestraba en el bosque o que éramos dos desconocidos en alguna taberna sucia, era porque sabía que su dominio sobre mí no era más que un juego. Yo había tenido el control todo el tiempo; tal vez Thorvald era quien me ataba y me castigaba, tal vez era mi cuerpo el que

estaba inmovilizado por las sogas y era yo la que suplicaba, pero el control siempre estuvo en mis manos. Él nunca hizo nada que yo no deseara.

Pero a pesar de que él estaba en lo cierto, yo no iba a reconocerlo tan fácil. Era mucho más divertido pelear.

–No, tal vez no estoy segura de ello –le dije en tono desafiante, y giré mi rostro para ver el suyo. –Capitán.

–Entonces, me parece que necesitas algo de disciplina –dijo mientras acariciaba mi cuello de una forma que aumentó la pulsaciones entre mis piernas.

En cuestión de segundos estábamos en el camarote privado de Thorvald, que también era el mío. El calor ya me estaba embargando por completo, cubriendo mi cuerpo de latidos y sudor. Él jadeada como una animal mientras me besaba con urgencia. Sus manos me estaban estrechando con fuerza cuando pateó la puerta detrás de nosotros.

Quedé encerrada en su fuerte abrazo y besé sus labios con hambre. Durante unos instantes pensé sobre lo mucho que necesitaba aquellos labios, y saber que ahora podría besarlos todo el tiempo, me hacía estremecer. Él mordía los míos mientras sus manos buscaban desesperadamente deshacer los nudos frontales de mi vestido. Yo sentía sus manos deslizarse por mis pechos desnudos, acariciándolos con una brusquedad que me quitaba el aliento. Yo no tenía suficiente de sus labios, de su piel. Intentaba despojarlos de su túnica de lino mientras sus labios encerraban uno de mis pezones y lo succionaban. Las rodillas me temblaban. Él aprovechó mi debilidad y me empujó contra la pared.

Thorvald devoraba mis pezones, hinchados y sensibles, y yo dejé que mi vestido cayera al suelo. Yo recorrí su espalda desnuda con mis manos y gemía mientras el calor me hacía dar vueltas la cabeza. Pero él tomó mis manos entre las suyas y las inmovilizó contra la pared. Su fuerza me excitó todavía más.

–Recuerda, le debes obediencia a tu Capitán – suspiró él contra mis labios



antes de besarme. Yo dejé que su lengua explorara mi boca y que sus dientes mordieran mis labios.

De pronto él volvió a cogerme con fuerza y me arrojó sobre nuestra cama. Yo reí en voz alta cuando mi espalda chocó contra el colchón. Él se abalanzó sobre mí y sentí su peso cálido. Lo envolví con mis brazos y mis piernas, y sentí como su polla se endurecía cerca de mi entrada húmeda. Yo también le mordí los labios mientras deslizaba mis manos por su abdomen firme y sus músculos duros.

Thorvald volvió a enterrar su rostro entre mis pechos, mordiéndolos y besándolos mientras los apretujaba con ambas manos. Yo solo podía retorcerme debajo de él y gemir de placer. Parecía que el corazón me iba reventar, y mis paredes internas ya habían comenzado a palpar hambrientas, deseosas por ser llenadas por él.

–Solo fóllame de una vez...–susurré con el aliento entrecortado. Thorvald alzó su vista y me sonrió como una bestia salvaje. Con un movimiento violento, me cogió del brazo y me giró sobre el colchón. Ahora yo tenía la mejilla contra la cama y Thorvald estaba sobre mi espalda, besando mi nuca.

–Estás muy insolente hoy...–dije mientras apartaba mi cabello mordía la carne mi cuello. Yo sentí su polla dura contra mi trasero y me humedecí todavía más. Él mecía sus caderas lentamente y yo sentí toda su firmeza contra mi culo. Me mordí los labios y despedí un quejido; lo deseaba tanto dentro de mí.

–Deberé castigarte– gruñó él en mi oído mientras deslizaba su erección entre mis nalgas, sin llegar a penetrarme. Mi clítoris palpitaba con furia contra la cama.

–Sí, Capitán – gemí deseosa.

No me respondió, solo apartó su polla y escupió en mi entrada. Yo me estremecí de nuevo. Apenas podía soportarlo; su dedo entraba y salía, ensanchándose.

–Mira que mojada que estás...no necesitaré hacer esto mucho tiempo –rió él por lo bajo mientras me follaba con su dedo índice. Yo me aferré con fuerza a las sábanas y las arrugué mientras gemía. Aquello se sentía tan bien.

Luego fueron dos dedos, y los latidos en mi interior aumentaron con rabia. No podía controlarme; sus dedos embestían cada vez más profundo, curvándose dentro de mí.

Una ola de placer violento me golpeó, y yo no podía parar de suplicar. Quería que él me follara; no con sus dedos sino con esa polla enorme que segundos atrás había frotado entre mis nalgas. Quería que me llenara con su fuerza y con su semen. Quería que me dominara por completo.

Esos pensamientos fueron suficientes para que mi orgasmo se precipitara. El calor me invadía y apenas podía respirar, todo mi cuerpo se retorció de placer y grité. Luego de aquel golpe extremo, mi cuerpo comenzó a relajarse. Se sentía delicioso mientras yo intentaba recuperar el aliento. Thorvald reía detrás de mí. Cuando quitó sus dedos mis interiores aun palpitaban suavemente.

Con un movimiento lánguido giré en la cama, quedando de espaldas y cara a cara con él.

–No recuerdo haber autorizado esto...– me regañó.

Sonreí, agotada pero deseosa de más, y me apuré a besarlo. Nuestros labios y

lenguas se encontraron. Nos fundimos en un abrazo y yo me doy cuenta que su polla todavía está dura.

–Quiero que cabalgues mi polla.... – me ordenó con un suspiro ronco, desesperado, contra mi oído.

–A la orden, Capitán – respondí mientras él se recostaba sobre el colchón con una sonrisa. Su polla apuntaba hacia el techo, durísima y con la punta enrojecida y húmeda. Yo escupí sobre ella antes de sentarme a horcajadas de Thorvald.

Estaba dura como una roca, como de costumbre, y me costó penetrarme con ella a pesar de lo mojada que yo estaba por mi orgasmo anterior. La cogí con una mano y la guíé hacia mi entrada, era tan gruesa que dolía un poco, y luego descendí mis caderas suavemente. Dejé escapar un gemido de dolor y placer a medida que me enterraba en su polla lentamente. Thorvald me sujetó de la cintura y me ayudó, gruñendo de placer. Una vez que su polla estaba toda dentro de mí, ambos dejamos escapar una exhalación. Jamás me sentía sentido más completa y feliz en mi vida que cuando Thorvald y yo formábamos uno.

Comencé a mecer mis caderas, subiendo y bajando mi cuerpo sobre él. Su polla se sentía ajustada contra mis músculos internos y me llenaba de placer. Subía y bajaba a más velocidad ahora, y su miembro duro me ensanchaba a niveles increíbles.

Miré hacia abajo, Thorvald me observaba con sus pupilas dilatadas, y su rostro acalorado y enrojecido. Su pecho musculoso y cubierto de vello rojizo temblaba mientras respiraba agitado, y los músculos de su abdomen se contraían deliciosamente mientras él luchaba para refrenar su eyaculación.

–Te amo, Juliet.... – suspiró con aliento entrecortado mientras yo cabalgaba su

polla como una demente. –Por eso quise raptarte desde la primera vez...te amé desde la primera vez en que te vi

Esas palabras fueron lo último que yo necesité; aumenté mi ritmo al máximo, hasta que mi cuerpo estaba cubierto de sudor, y sentí su polla vibrar dentro de mí. Se contrajo con una violencia deliciosa y yo grité cuando su semen me llenó.

Aterricé sobre su pecho, agotada y satisfecha. Nos besamos mientras su polla permanecía dentro de mí, latiendo suavemente. Thorvald me envolvió en sus brazos y yo saboreé sus labios y su lengua.

Minutos más tarde, continuábamos tendidos en nuestra nueva cama, con nuestros brazos y piernas envueltos. Intercambiamos suaves caricias y besos en silencio mientras el barcoluengo se mecía con suavidad y las olas susurraban afuera.

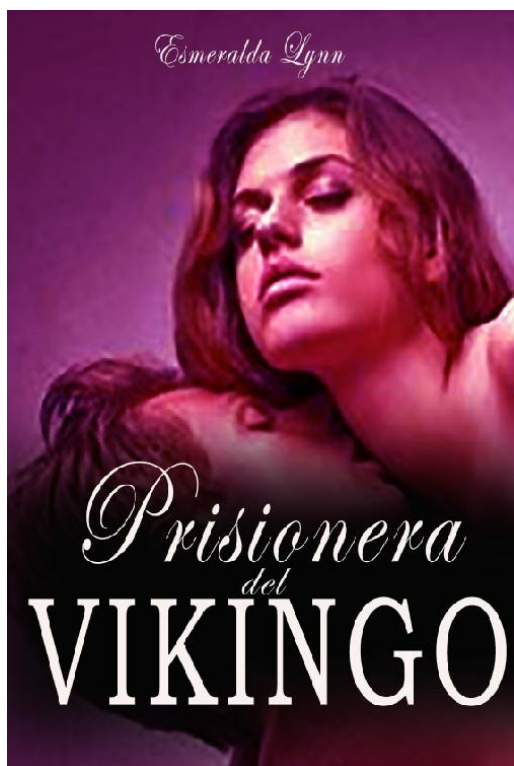
–Yo también lo amo, Capitán. – le respondí mientras besaba su pecho.

Siento un pequeño remordimiento; debí haber dicho eso antes, mucho antes. Nos hubiera ahorrado problemas a ambos. Nada de eso importaba ahora que el mar era mi nuevo hogar a su lado. Además, Thorvald estaba feliz de oírme; lo supe por como sonrió antes de quedarse dormido.

**-Fin**



Otra novela corta erótica sobre vikingos: [Prisionera del vikingo](#)



## **Sinopsis:**

Sigrid Thorne debe casarse con un hombre que no ama; el desagradable Lord Robert Clemens. Pero para su desgracia (o fortuna) su boda es interrumpida por un ataque vikingos.

Los salvajes del norte, liderados por Leif el Aplastacráneos, secuestran a Sigrid para pedir una recompensa. Cautiva en el barco de Leif, Sigrid tiene la seguridad de que nadie la forzará, pues necesitan que ella regrese intacta a su marido para poder cobrar el oro de la recompensa.

Sin embargo, cuando la atracción por el indómito e irreverente Leif se torne insoportable ¿Qué valdrá más para ellos? ¿El oro o la pasión? ¿Acaso es posible para Sigrid abandonar la vida civilizada y tener aventuras por el mar? Y ese hombre de barba roja como el fuego y con la espalda llena de cicatrices, ¿podrá darle el amor que ella no encontró en tierra firme?

## **Fragmento**

– ¿Ves? Si no te comportas tengo que atarte de nuevo –refunfuñó una vez que yo estaba atada a su cama.

Yo estaba pataleando y aullando, pero me detuve al ver que se estaba quitando la ropa. Me sorprendió la visión de su pecho desnudo; con una abundante mata de vello entre sus pectorales firmes. Eran tan rojos como su cabello y su barba. Había varias cicatrices atravesando la piel de sus brazos y estómago; algunas eran superficiales, otras no tanto pero estaban en el proceso de sanarse. Debajo de su ombligo nacía un camino de vello rojizo que guiaba hacia su entrepierna, pero que era interrumpido por la línea de sus pantalones. Pude notar que todavía estaba duro debajo de ellos, aunque no tanto como antes. Cuando sus dedos aflojaron su cinturón y se quitó los pantalones, sentí verdadero pánico, pero también una excitación completamente nueva. Sin embargo, una vez que se despojó de sus botas y pantalones llevaba un paño de lino que servía de rudimentaria ropa interior. La tela era clara, por lo cual se traslucía con lujo de detalle el miembro que se alzaba debajo, y el vello rojo que lo coronaba.

– ¿Qué haces? –musité.

– ¡Es mi cama! –Protestó – ¡No voy a pasar otra noche durmiendo en el suelo por tu culpa!

Se acostó a mi lado, y yo perdí todas mis fuerzas. Estaba temblando a su lado, mi entrepierna continuaba húmeda y palpitaba casi tan fuerte como mi corazón. Me sentí indefensa, incapaz de pelear. Pero al mismo tiempo, no sentía miedo. Con las manos todavía atadas por encima de mi cabeza, giré mi cuello hacia él.

–No te hagas ilusiones; no voy a tocarte –me dijo mientras me daba la espalda, tampoco escasa de cicatrices. –Duérmete.

Lo maldije, pero él me ignoró. Instantes después, estaba roncando. Respiré



hondo; y cerré mis ojos. Por lo menos estaba en una recámara cálida y sobre un colchón suave, con el estómago lleno. Y sin el peligro de que algún miembro de la tripulación se hiciera el listo conmigo. Sí, confiaba en Leif. Confiaba en su palabra de que no me podría un dedo encima.

Y por algún motivo aquello me molestaba.

Me sentía como una idiota; una niña caprichosa ¡En lugar de sentirme aliviado, me sentía furiosa y frustrada! ¿Y por qué? No terminaba de comprenderlo, así como tampoco entendía las reacciones de mi cuerpo que me torturaban.

Decidí relajarme e intentar dormir. Con suerte, pronto regresaría casa y todo aquello sería un mal recuerdo. Aunque la idea de volver a mi país no me hacía sentir mejor. Me rendí al sueño, pero aun así, mi mente no iba a darme un descanso. Volvía revivir mi boda, y ver de nuevo la cara de Robert Clemens me produjo un profundo asco. Lo odiaba tanto, pero no podía escapar. Sabía que estaba soñando, pero aun así una horrible desesperación se apoderó de mí la desesperación por detener la boda, detener el tiempo, impedir que me llevara a nuestra recámara nupcial. El desprecio que me provocaba esa sonrisa, esas manos, esa voz, se sentía tan vívido que me costaba creer que estaba soñando. Incluso la idea de saber que en realidad estaba en un barco vikingo a kilómetros de distancia me tranquilizaba.

Pero no había manera de detener el sueño, el festín de bodas llegaba a su fin y mi prometido me cogía de la mano y me llevaba a nuestro dormitorio. Me quitaba la ropa en contra de mi voluntad y yo no podía hacer nada para impedirlo. Una vez desnuda, me tumbé de espaldas en nuestra cama y fijé la vista en el techo, luchando contra las lágrimas en mis ojos., mi mente se forzaba por despertarme, pero yo continuaba soñando.

Sentí dos manos callosas separando mis muslos con delicadeza, y un escalofrío me recorrió. Oí una voz susurrando entre mis piernas.

–Tendría que tener hielo en la sangre para que en un momento así me importe más el dinero.

Esa no era la voz de Robert. Alcé el cuello y encontré a Leif, arrodillado entre mis piernas, sosteniendo mis muslos con ambas manos. Estaba desnudo, y su miembro se alzaba duro y enrojecido. Casi tan rojo como la piel de sus mejillas y pecho, que hacían juego con su cabello revuelto. Me sonreía como una bestia al acecho, y yo solo podía ver esos ojos azules, tan azules como el mar que rugía afuera. El asco que yo sentía fue rápidamente reemplazado por un hambre voraz; mi entrepierna comenzó a palpar tan duro como mi corazón, y la humedad se esparcía fuera de mí, clamando por algo que recién empezaba a comprender.

Leif se abalanzó sobre mi cuerpo; sujetó mi rostro con su mano derecha y me besó. El beso se sintió eléctrico, encendiendo hasta el último rincón de mi piel. Morid y saboreé sus labios mientras su barba roja me cosquilleaba, sentía su pecho velludo y firme presionar contra mis senos, y su polla buscando el camino hacia mi interior. Enredé mis manos en su cabello y lo besé todavía más fuerte; aquello era tan placentero que apenas podía tolerarlo. Una parte de mi mente sabía que eso era un sueño, pero quería disfrutarlo al máximo, quería perderme en cada sensación. Hasta que en un punto olvidé que se trataba de un sueño, solo podía sentir sus manos apretujando mis senos y haciéndome gritar, y la punta de su miembro palpitando, palpitando...

– ¡Oye! ¡Despierta! ¿Qué te ocurre? –la verdadera voz de Leif me despertó. Confundida, abrí mis ojos. La cabeza me daba vueltas y me sentía afiebrada; tardé unos largos minutos en regresar a la realidad y darme cuenta que había tenido un sueño obscuro con mi captor.

– ¿Te sientes bien? –me volvió a preguntar, tendido a mi lado en la cama, sus ojos lucían somnolientos, pero su expresión lucía preocupada.

–Sí, solo...tuve una pesadilla –respondí con el aliento entrecortado. Mis manos permanecían atadas al poste que pendía sobre la cama, y mis brazos se habían entumecido por estar en la misma posición durante mucho tiempo. Pero toda mi piel ardía, encendida por mi sueño. Una fina capa de sudor cubría toda mi carne, y mi entrepierna no dejaba de palpar. Mierda, los latidos eran tan fuertes que dolían. Solo ansiaba apagarlos, aliviarme...pero no tenía idea

cómo.

– ¿Pesadilla? –Leif sonrió de costado, y mis punzadas aumentaron. –Eres una mentirosa. Yo creo que has tenido un sueño muy agradable.

Me sentí acorralada, solo tragué saliva y le dirigí una mirada asesina. Los latidos me torturaban tanto que no tenía fuerzas para discutir. Y ver sus ojos solo me hacía sentirme peor.

–No seas ridículo – respondí, exaltada – ¿No te das cuenta que estoy enferma? tengo fiebre.

Él se acercó todavía más y presionó sus dedos contra mi frente en modo gentil. La cercanía de su pecho desnudo a mi rostro me iba a enloquecer; su piel emanaba un aroma masculino e irresistible.

–No tienes temperatura –sentenció unos instantes más tarde. Sus ojos volvieron a fijarse en los míos –Te he oído ¿Sabes? Has dicho mi nombre en sueños.

–Estás loco –protesté. – ¡te digo que no me siento bien! Mi corazón está acelerado...

–Entiendo muy bien lo que te ocurre...–respondió él con un susurro ronco, esos que empeoraban mis punzadas. Deslizó su mano derecha por debajo de mi falda, y la caricia sobre la cara interna de mi muslo me hizo despedir un quejido. Al oírme, él volvió a mirarme, estudiando mis reacciones, complacido. Supongo que debí haberme resistido; aun con mis manos atadas podría haberlo pateado o esquivado sus caricias. Pero la verdad era que me resultaban placenteras; sus dedos explorando mi pierna avivaban el fuego, pero al mismo tiempo me provocaban una pequeña satisfacción. No quería que se detuviera. Su mano subió y subió hasta que encontró mi ropa interior. Sentí las yemas de sus dedos tanteando entre mis labios húmedos, y cada caricia me daba deseos de gritar.

–No estás enferma; estás caliente ¡Mira lo húmeda que estás! – sentenció Leif.

Luego alejó sus dedos de mi entrepierna, se los llevó a la boca y los saboreó. Aquello hizo que me diera vueltas la cabeza.

– ¡Estás loco! – respondí entre jadeos.

–Y tú necesitas una polla. Pero lo siento; no tendrás la mía aunque ruegues, llore so supliques. No voy a sacrificar cobrar el rescate. – me dijo en tono burlón.

– ¡Eres un hijo de puta!

–No soy tan malo. Y para demostrártelo, puedo ayudar a que te alivies –se acercó’ todavía más a mis labios.

– ¿Dé qué estás hablando?

–Pobrecilla, tienes las manos atadas. No puedes usar tus dedos para aliviarte, pero como señal de buena voluntad, yo podría hacerlo por ti. – Su aliento cálido acariciaba mis labios, y recordé cómo Is0o había mordido en mi sueño – ¿Quieres? ¿Quieres que te alivie con mis dedos?

Me quedé paralizada ante su propuesta.

**Lee el resto de prisionera del vikingo [aquí](#).**